



Universidad
Rey Juan Carlos

Facultad de
Ciencias Jurídicas y Políticas

**TRABAJO FIN DE GRADO
GRADO EN RELACIONES INTERNACIONALES
CURSO ACADÉMICO 2023/2024
CONVOCATORIA DE JUNIO**

**Nacionalismo y Globalización:
Consecuencias de la Crisis de Identidad Nacional en las Relaciones Internacionales.**

AUTOR: García Pachá, Pablo

DNI: 06629609C

En Madrid, a 17 de junio de 2024

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| I. Introducción | 4 |
| 1. ¿Por qué hay que hablar de identidad? | 5 |
| 2. Metodología..... | 6 |
| PARTE I | |
| II. Una aproximación al concepto de identidad | 7 |
| 1. Identidad Individual..... | 7 |
| 2. Identidad Colectiva..... | 8 |
| 2.1 La formación de la identidad colectiva | 9 |
| III. ¿Qué es la crisis de identidad? | 10 |
| IV. La identidad es un concepto moderno | 11 |
| PARTE II | |
| V. La aparición de la identidad nacional como nueva realidad | 14 |
| 1. El papel de la Modernidad y la Ilustración en la construcción de la Nación | 14 |
| 2. La aportación del Romanticismo alemán a la construcción de la Nación | 16 |
| 3. Un debate acerca de la nación. El nacionalismo cultural contra el nacionalismo cívico . | 18 |
| 4. Una aproximación a las distintas teorías sobre el origen del nacionalismo | 19 |
| VI. La evolución del nacionalismo. Desde Europa hacia el mundo | 22 |
| 1. Primera Etapa. Protonacionalismo y la conformación del Estado moderno | 22 |
| 2. Segunda Etapa. La transformación del nacionalismo..... | 23 |
| 3. Tercera Etapa. El apogeo del nacionalismo | 24 |
| PARTE III | |
| VII. El impacto de la globalización en la identidad nacional | 27 |
| 1. Una aproximación al concepto de globalización | 27 |
| 2. Las consecuencias del proceso de <i>hiperglobalización</i> | 29 |
| 3. El enfrentamiento entre la pulsión local y global | 32 |

| | |
|---|-----------|
| VIII. Fragmentación nacional: las raíces de la crisis identitaria en la erosión del Estado-nación..... | 34 |
| 1. La Crisis del Estado-Nación..... | 34 |
| 2. El fin de la preeminencia de la identidad nacional..... | 37 |
| IX. Las luchas por el reconocimiento. Las políticas de identidad..... | 39 |
| 1. Una aproximación a las políticas de identidad..... | 39 |
| 2. Crítica a las políticas de identidad..... | 40 |
| X. Conclusiones..... | 43 |
| Bibliografía | 46 |

I. Introducción

Desde hace unas décadas, todo lo relacionado con el concepto de identidad parece copar las portadas y las noticias en todo el mundo. Raro es el día que no escuchemos a un político, un periodista o un creador de contenido tratar un tema de actualidad que no esté relacionado con la identidad. Ya sea un podcast sobre la reivindicación del papel de la mujer en las empresas del Ibex-35, un locutor de radio informando sobre los avances del ejército israelí en *Rafah* o un compañero de trabajo discutiendo sobre los insultos racistas que ha recibido Vinicius en el último partido de La Liga, la identidad parece estar en todos lados.

Es difícil no percatarse de un fenómeno que marca la agenda mediática y política de los grandes partidos occidentales y del Sur Global; una agenda que en gran medida gira en torno a la identidad racial, de género o nacional, entre otras. Por ejemplo, en vísperas de las elecciones europeas del 9 de junio de 2024, los grandes bloques ideológicos se organizan en torno al debate sobre la identidad europea, qué es y cómo ha de defenderse. Esto suscita cuestiones como: ¿es Ucrania parte de Europa? ¿lo es Rusia? Aunque estas preguntas no son recientes; llevan sin una respuesta clara desde el siglo XVIII, y aún hoy generan un intenso debate. Desde nuestra perspectiva, creemos que la razón de que la identidad ocupe una posición central y vital actualmente se debe a un fenómeno muy singular: la crisis de identidad nacional.

La identidad nacional ha mantenido cohesionada a las sociedades europeas desde el siglo XVIII al XIX, y más recientemente, al resto de Estados soberanos. Ha servido como una herramienta de integración y división, y su popularización por todas las culturas del globo ha propiciado la formación de un Orden Mundial basado en el Estado-nación. Este sistema u orden se encontraría en crisis, dado que los cimientos de su fundación, la identidad nacional, se hallarían en peligro. Un síntoma de la amenaza a la supervivencia de la identidad nacional y del Estado-nación es, precisamente, la importancia que ha obtenido la identidad estas últimas décadas, no sólo la nacional, sino también otros tipos de identidades subnacionales y transnacionales.

La crisis de identidad nacional es un fenómeno complejo y multifacético, se manifiesta en el creciente cuestionamiento del sentido y la solidez de la identidad nacional en un mundo cada vez más globalizado, donde las interacciones transculturales y los flujos globales de información, personas y bienes desafían las nociones tradicionales de pertenencia y comunidad. Asimismo, la crisis de identidad nacional se habría solapado con la crisis de la modernidad.

No obstante, la identidad no sólo resulta relevante ahora; más bien ha sido una de las causas más relevantes de los grandes cambios y transformaciones históricas. Así, este trabajo se apoya en el modelo hegeliano que propone Francis Fukuyama por el que el motor que motivaría las evoluciones y transiciones históricas sería la lucha por el reconocimiento de la identidad. Fukuyama destaca el deseo de reconocimiento como el motor fundamental de la historia, por el que los seres humanos buscan ser reconocidos por su dignidad y valor, lo que impulsa las transformaciones sociales y políticas.

Este trabajo pretende explorar el origen y las dinámicas de la crisis de identidad nacional, así como su implicación e impacto en las Relaciones Internacionales. Para ello, hemos dividido su contenido en tres partes. En primer lugar, aclararemos los conceptos y términos más relevantes para seguir adecuadamente el desarrollo del trabajo. Fundamentalmente, nos aproximaremos al concepto de identidad, tanto individual como colectiva, los elementos claves

que diferencian la noción moderna de identidad de otras nociones históricas, y finalmente, llevaremos a cabo una breve aproximación al concepto de crisis de identidad.

En segundo lugar, una vez explorado el amplio concepto moderno de identidad y los conceptos necesarios que se emplearán en el presente trabajo, analizaremos la evolución histórica de la identidad nacional. Repasaremos los principales movimientos intelectuales e históricos que han influido decisivamente en la aparición de la identidad nacional, así como las distintas aproximaciones teóricas sobre el origen de la nación y el nacionalismo, para finalmente abordar los cambios que supuso en el escenario internacional la preeminencia de la identidad nacional.

Finalmente, en la tercera parte, introduciremos el fenómeno de la globalización como el principal factor que puede explicar la crisis de identidad nacional. Expondremos las consecuencias que la globalización ha tenido sobre el Estado-nación, tales como la debilidad del poder estatal, el surgimiento de identidades alternativas próximas a las culturas locales y étnicas o a movimientos transnacionales, etc. Explicaremos la conexión existente entre la crisis de identidad nacional y las políticas de identidad modernas, analizando cómo estas dinámicas han contribuido a la transformación del orden internacional y a la emergencia de nuevas formas de pertenencia y comunidad.

1. ¿Por qué hay que hablar de identidad?

En la serie televisiva *Rick y Morty*, el protagonista, un científico loco, y su nieto, realizan viajes espaciales, yendo de aventura en aventura a lo largo de una infinitud de mundos y universos. En una de sus aventuras se cruzan con un planeta de serpientes, que según nos cuentan, está al borde de la guerra mundial por la raza. A modo de parodia, *Rick* dice con un tono burlesco: “¡Raza! ¿A que es tronchante? Imagínate ser una serpiente racista: *Eh, otra serpiente, te odio porque eres una serpiente de otro color*”. Este cómico pasaje nos señala sutilmente dos amargas verdades sobre la identidad: primero, que es una ficción a la que nosotros le damos sentido y, segundo, que, pese a ser una ficción, las implicaciones políticas y sociales son significativamente profundas.

La identidad y la lucha por su reconocimiento han motivado revoluciones, guerras, genocidios, limpiezas étnicas, derrocamientos, pronunciamientos y muchos otros sucesos históricos. Por ejemplo, los recientes ataques del 7 de octubre a Israel no pueden entenderse sin analizar la conflictividad que la afirmación y el reconocimiento de la identidad israelí tiene sobre la región. Cualquier análisis geopolítico, económico o histórico que no incluya una perspectiva identitaria carecería de una visión global del conflicto. De igual manera, la Revolución Gloriosa de 1688, la expansión del Tercer Reich, el asesinato de Mahatma Gandhi, el apartheid en Sudáfrica o la Revolución Iraní de 1979 no pueden entenderse sin contemplar el impacto que tiene la identidad sobre las motivaciones personales y colectivas.

No obstante, tal y como recuerda el israelí Yuval Noah Harari, la identidad no deja de ser más que una ficción, una historia o narración que nos contamos a nosotros mismos para dar sentido a nuestra vida y saciar el ansia humana de pertenencia a un grupo. Harari argumenta que la identidad es una ficción no porque sea falsa o ridícula, sino porque la identidad no es natural ni inherente a uno mismo; la identidad es una decisión activa y consciente. Si bien pueden existir en nosotros rasgos o características que se pueden enmarcar o aproximar a una identidad social o colectiva, ya sea nuestro color de piel o lugar de nacimiento, nadie nos puede

obligar a ser negros o franceses. Sin embargo, la historia ha consistido precisamente en lo contrario, en la coacción e imposición de identidades únicas y excluyentes. Si bien podríamos argumentar que las identidades son ficciones, no debemos dejar de tomárnoslas en serio, pues siguen siendo una fuerza formidable (Zizek, 2023).

En lo relativo a la identidad nacional en concreto, esta es un actor esencial en las Relaciones Internacionales. Resulta evidente señalar que sin la presencia de una identidad que cohesione y mantenga a los Estados-nación, el orden resultante de las interacciones entre estas entidades no sucedería y, por ende, aquello que denominamos relaciones “entre naciones” no existiría. El orden internacional se basa, por tanto, en la subsistencia de la identidad nacional. La crisis de identidad nacional es un tema crucial que discutir precisamente porque amenaza las estructuras políticas, económicas y sociales que han ido creándose desde el siglo XVIII; la desaparición de la identidad nacional a causa del declive del Estado-nación concurriría en efectos imprevisibles. La magnitud de estos cambios es comparable a eventos históricos de gran calado como la Revolución Francesa, la caída de Constantinopla o el declive del Imperio Romano.

2. Metodología empleada

En este apartado nos gustaría desarrollar la metodología que se ha llevado a cabo para el estudio y análisis de la crisis de identidad nacional, y sus implicaciones en las relaciones internacionales. Dado que se trata de un trabajo predominantemente teórico, centrado en la historia de las ideas internacionales, el método de trabajo ha consistido básicamente en la lectura de clásicos sobre la materia, monografías, artículos académicos, artículos de prensa, documentos varios..., así como como la visualización de conferencias, vídeos de plataformas y redes sociales, podcasts etc., abrazando así las formas más y menos convencionales de adquirir conocimiento.

Algunos autores clásicos de gran renombre que han guiado la elaboración de este trabajo son, por ejemplo: Francis Fukuyama, Eric Hobsbawm, Anthony Giddens, Samuel P. Huntington y Zygmunt Bauman. A su vez, autores más recientes con una gran implicación en el tema han servido también de apoyo, como pueden ser: Erik Erikson, Charles Taylor, Pankaj Mishra, Mark Lilla, Yascha Mounk, Amin Maalouf, Dani Rodrik o Amartya Sen. Todos ellos, junto con el resto de los autores de artículos académicos y otros documentos, han servido de inspiración y brújula para la realización del trabajo. (En ocasiones, las citas extraídas de estos autores han sido largas y numerosas; no obstante, se trata de una elección deliberada porque consideramos que sus ideas quedan mejor reflejadas de este modo).

En este punto, cabría argumentar por qué se han escogido estos autores y no otros. Para empezar, el trabajo de fin de grado cuenta con unas limitaciones de extensión, por lo que el tema, por muy apasionante y ambicioso que pueda resultar, ha de ser abordado con cierta concisión. El debate acerca de la crisis de identidad nacional envuelve conceptos e ideas tan controvertidas como el nacionalismo, la globalización o las políticas de identidad, por lo que puede llegar a hacerse interminable, y prueba de ello es la gran cantidad de literatura aparecida en las últimas décadas. En consecuencia, hemos seleccionado autores que, básicamente, comparten una misma línea argumental alineada con el propósito del trabajo, como esperamos quede de manifiesto tras la lectura del mismo.

PARTE I

II. Una aproximación al concepto de identidad

Para poder entender la importancia que comporta la identidad actualmente, es menester definir aquello de lo que estamos hablando, es decir, a qué nos referimos con *identidad*. El concepto de identidad no es preciso ni concreto, ha sido estudiado y tratado durante siglos, y cada corriente filosófica ha seguido una aproximación diferente.

En principio, el término “identidad” atiende a una pregunta muy sencilla, ¿quién soy yo? Si bien parece una pregunta elemental, es mucho más compleja de lo que parece, pues en función de quién la pregunte la respuesta podría variar notablemente. En palabras de Charles Taylor¹, la identidad: “constituye para empezar un concepto psicológico, con ayuda del cual se trata de comprender una dimensión importante de la conciencia de sí. Pero la palabra es sobre todo importante en nuestros días en el discurso social y poético, y a menudo aparece en un contexto reivindicativo. Además, es evocada tanto en el plano del individuo (mi identidad), como en el plano del grupo (la identidad quebequesa, canadiense). El término posee un significado ligeramente diferente en cada contexto. Pero no se trata de verdadera polisemia, y todavía menos de una confusión, pues los diferentes usos están estrechamente ligados entre sí” (Taylor, 1995, p. 1).

Por tanto, el acuerdo general consiste en que la identidad se divide en dos vertientes propias, pero estrechamente relacionadas entre sí: la identidad individual o personal y la identidad colectiva.

1. Identidad Individual

Si bien el trabajo se centra en el estudio y análisis de la identidad colectiva, específicamente de la identidad nacional, no podemos realizar un trabajo en torno al concepto de identidad sin explorar qué significa a nivel personal o individual, en su esencia principal.

La identidad individual tal y como la entendemos actualmente proviene principalmente del trabajo del psicoanalista austriaco Erik Erikson² durante la década de los cincuenta, quien empleó el término con el fin de explicar las crisis y problemas personales que atraviesan los adolescentes, las cuales categorizó como *crisis de identidad* (Oliva, 2010). Según Erikson, la identidad personal es, por una parte, el sentimiento de una continuidad existencial en el tiempo y el espacio y el de ser uno mismo; y, por otra parte, es también el reconocimiento, a través de las interacciones con los demás, de esa continuidad y esa similitud. La identidad para Erikson se refiere por tanto a los sentimientos hacia uno mismo, su carácter, origen y objetivos. Surge así una determinada representación del yo, una percepción propia del individuo con la que se asocia y que surge tras preguntarse ¿quién soy?

¹ Charles Taylor es un filósofo canadiense nacido en 1931, referente en la filosofía política y ética, experto en campos como la identidad, la modernidad o la secularización.

² Erik Erikson, nacido en 1904 y fallecido en 1994, es una referencia principal para todos los estudios modernos sobre identidad a causa de sus estudios sobre la crisis de identidad en figuras históricas como Martín Lutero. Es un psicoanalista de gran reconocimiento y renombre, principalmente por sus aportaciones a la psicología del desarrollo y la identidad.

Otra definición ampliamente conocida y pertinente para el trabajo es la aportada por Taylor. Según él: “mi identidad se define por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo o a lo que me opongo. En otras palabras, es el horizonte dentro del cual puedo adoptar una postura” (Taylor, *Fuentes del yo*, 1996, pág. 43). En definitiva, para Taylor la identidad personal constituye un código o brújula moral, un conjunto de principios morales, fines o metas que una persona utiliza como marco o guía de actuación. Según Taylor, la identidad me permitiría posicionarme frente a los conflictos morales del mundo, determinar qué resulta importante para mí y qué no, una escala de prioridades y preocupaciones.

2. Identidad Colectiva

“El aspecto social de la identidad, por otra parte, debe ser explicado dentro de esa dimensión comunitaria en la que un individuo debe encontrarse a sí mismo. Ningún yo constituye una isla para sí mismo” (Erikson, 2004, p. 12).

Paralelamente a la identidad individual encontramos la identidad colectiva. Su definición no resulta tan confusa ni compleja, tampoco hay tanta disonancia puesto que no supone un debate discordante. Al contrario, las disputas filosóficas las encontramos, no en su definición, sino en su formación o construcción.

A grandes rasgos, la identidad colectiva también responde a la pregunta de ¿quién soy yo? de hecho, constituye la respuesta más común, ya sea: *yo soy español, yo soy europeo, yo soy cristiano, yo soy proletario, etc.* No obstante, la identidad colectiva no ha de confundirse con la identidad social ni con una identidad compartida; es propia y delimitada, no se trata de un aspecto de la identidad personal, pues entenderlo así difuminaría el carácter colectivo de la misma y lo traduciría en no más que una identidad compartida con otros sujetos.

La identidad colectiva se construye desde la otredad, es decir, hace referencia a aquellos rasgos característicos y definitorios de un grupo que lo distinguen del resto, y por el cual cada miembro se siente incluido y representado, y, por tanto, lo asume como propio. Se trata de dos facetas, aquella que implica la cohesión o similitud con el grupo, y aquella que los separa del resto, ajenos al grupo. La definición del *otro* es manifiestamente necesaria, porque a partir de la definición del otro podemos empezar a construir el imaginario de nuestra identidad colectiva.

Así lo expone el historiador británico, Eric Hobsbawm: “las identidades colectivas se definen negativamente; es decir, contra otros. «Nosotros» nos reconocemos como «nosotros» porque somos diferentes a «ellos». Si no existiera un «ellos» del que diferenciarnos, no tendríamos que preguntarnos quiénes somos «nosotros». Sin identificación de quienes están Afuera no existe posibilidad de identificar quien está Adentro. En otras palabras, las identidades colectivas no se basan en lo que sus miembros tienen en común —es posible que no tengan gran cosa en común excepto el hecho de no pertenecer a los «Otros»—. Los unionistas y los nacionalistas en Belfast, o los serbios, croatas y bosnios musulmanes, que de lo contrario serían indistinguibles —hablan el mismo idioma, tienen los mismos estilos de vida, el mismo aspecto y comportamiento—, insisten en lo único que les divide, que resulta ser la religión. A la inversa, ¿qué es lo que une como palestinos a una población abigarrada de varios tipos de musulmanes, católico-romanos y griegos, griegos ortodoxos y otros grupos que, en otras circunstancias, bien podrían estar luchando unos contra otros, como hacen sus vecinos en el Líbano? Simplemente,

el hecho de que no son israelíes, tal y como la política israelí se encarga de recordarles en todo momento. Desde luego, existen colectividades basadas en características objetivas que sus miembros tienen en común, que incluyen el género biológico o rasgos físicos políticamente sensibles tales como el color de la piel y semejantes. No obstante, la mayor parte de las identidades colectivas se parecen más a una camisa que a la piel, es decir, que son, por lo menos en teoría, optativas, no ineludibles” (Hobsbawm, 1996, p. 117).

Asimismo, otro aspecto destacable de la identidad colectiva es que ésta no es única ni excluyente, sino que una persona puede asumir varias identidades al mismo tiempo. Alguien puede ser a su vez, andaluz, español, europeo, feminista, ecologista y cristiano. A no ser que existan identidades incompatibles entre sí por su credo o manifestación práctica, uno puede escoger ser aquello que considere, siempre que no esté coaccionado o le sea físicamente imposible.

Finalmente, las identidades no son fijas ni estáticas, sino que están en constante movimiento y evolución. Por lo que ser médico, profesor, feminista o negro, no significa lo mismo ahora que hace veinte años, así como tampoco significa lo mismo ser mujer en España que en Afganistán. La identidad no solo la moldea quien la asume, sino también la realidad que le rodea.

2.1 La formación de la identidad colectiva

En cuanto a la construcción o formación de la identidad colectiva, existe todavía un acalorado debate acerca de cómo se produce, si es un proceso consciente y activo, o por el contrario la identidad es dada y simplemente hemos de descubrirla.

Muchos teóricos³ coinciden en la importancia de las interacciones sociales y de la construcción de significados compartidos en la fabricación de la identidad, tanto personal como colectiva. Por su parte, Michel Foucault destaca el papel que juegan las figuras y referentes sociales en la construcción de la realidad e identidad, a través de los discursos de poder y las prácticas institucionales. Otros autores, con un enfoque más sociológico, como son Alain Touraine o Alberto Melucci, remarcan la relevancia de la participación en movimientos sociales y en la resistencia a estructuras sociales dominantes, en respuesta a los cambios sociales del entorno; lo cual enfatiza la construcción de significados compartidos.

Por otro lado, el trabajo de autores del orden postradicional, tales como Jürgen Habermas o Anthony Giddens, coincide en que la construcción de la identidad colectiva en el contexto de la modernidad tiene un claro efecto en su evolución y percepción; destacando así la pluralidad de identidades posibles y de espacios de interacción. Estos autores entenderían que la sociedad actual se encuentra en una fase de modernidad tardía o *modernidad líquida*⁴, al tratarse de un contexto más complejo y confuso. La individualización se opondría a los roles y expectativas tradicionales, las estructuras sociales se volverían más flexibles y fluidas y habría un mayor énfasis en la diversidad y pluralidad de las perspectivas.

³ Algunos de estos autores son, por ejemplo: Manuel Castells, Émile Durkheim, George Herbert Mead, Erving Goffman, Anthony Giddens y Sheldon Stryker.

⁴ La modernidad líquida es un concepto original acuñado por el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, que caracteriza a las sociedades actuales por la economía global capitalista, la creciente privatización y la revolución de la información. Bauman contrasta esta modernidad líquida con la modernidad sólida que predominó en las épocas anteriores, donde las estructuras sociales, políticas y económicas eran más estables y predecibles.

Dentro de este nuevo escenario, Habermas plantea que la creciente incertidumbre y las características modernas de la sociedad “complica aún más el difícil proceso de construcción de la identidad; porque la ruptura de la unidad entre sujetos y grupo, que resulta de la crisis de creencias y de la multiplicidad de grupos en los cuales ahora participan los sujetos, ha provocado que la tradición pierda fuerza, como medio de transmisión mecánica de los repertorios culturales y se ha sustituido por las estructuras comunicativas de la sociedad” (Oliva, 2010, p. 9). Además, Habermas afirma que: “el individuo debe su identidad como persona exclusivamente a la identificación con, o a la interiorización de, características de la identidad colectiva; la identidad personal es reflejo de la colectiva: «No es, pues, cierto que seamos tanto más personales cuanto más individualizados estemos»”. (Habermas, 1999, p. 86)

Finalmente, dentro de las identidades colectivas cabe destacar el lugar especial que ocupan las identidades nacionales u otras identidades con una base territorial. Numerosos autores han indagado y elaborado sobre la identidad nacional, sobre la cual gira este trabajo. Es quizás la identidad colectiva más relevante y decisiva hoy en día, junto con la identidad religiosa, si bien en algunas circunstancias pueden incluso superponerse o complementarse. La identidad nacional cuenta con numerosos estudiosos y académicos, algunos de los que tendremos en cuenta posteriormente, donde desarrollaremos en profundidad este concepto, como son Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, Ernest Gellner o Isaiah Berlin.

III. ¿Qué es la crisis de identidad?

Una vez que hemos entendido lo que son la identidad individual y la colectiva, tenemos que discutir en último término, la crisis de identidad – fundamentalmente nacional –, que es el eje central del trabajo.

Como ya hemos comentado, el término *crisis de identidad* fue acuñado por Erikson en sus estudios sobre las crisis de identidad en los periodos de la adolescencia. Erikson nunca se atrevió a definir con precisión este término, ofreciendo con sus mismas palabras esta razón: “en esto me siento respaldado por Stuart Hampshire, quien afirma en forma aprobatoria que yo «dejo sin definir mi concepto del que tanto se ha abusado» porque primordialmente «sirve para agrupar una variedad de fenómenos que provechosamente podrían ser investigados en su conjunto»” (Erikson, 2004, pp. 10-11).

Erikson se dedica entonces a delimitar el concepto en lugar de definirlo. Establece que la “crisis de identidad es parcialmente consciente e inconsciente. Es un sentido de continuidad e igualdad personal, pero es también una cualidad del vivir no-consciente-de-sí-mismo [...], posee su propio periodo evolutivo y se encuentra acosado por la dinámica del conflicto, se extiende tanto al pasado como al futuro”. (Erikson, 2004, p. 11)

Esta delimitación tiene un marcado tono psicológico e individual pero, puede extrapolarse también al aspecto social y colectivo, como explora Erikson, que nos ayuda a entender la situación crítica en la que hay muchos Estados-nación. En definitiva, la crisis de identidad se refiere a un periodo o momento histórico donde se corre el riesgo de perder la identidad, las referencias, el horizonte moral sobre el que situarse (Taylor, 1995). Sin una identidad o un sentido de pertenencia el código moral de cada persona y colectivo se difumina, es mucho más incierto. Dichos periodos se caracterizan precisamente por ser momentos nublados y tumultuosos, de gran incertidumbre y caos.

“La crisis de identidad en ocasiones es escasamente perceptible y en ocasiones lo es muy marcadamente: en algunos jóvenes, en algunas clases, en algunos períodos de la historia, la crisis de identidad se presentará sin ningún ruido; en otras personas, clases y períodos, la crisis estará claramente señalada como un período crítico, una especie de “segundo nacimiento”, institucionalizado mediante ceremonias, o intensificado mediante la disputa colectiva o el conflicto individual” (Erikson, 2004, p. 13).

A este respecto, Erikson menciona que la formación de la identidad conlleva un aspecto negativo en su interior, que se compone de “todas aquellas identificaciones y fragmentos de identidad que el individuo tuvo que sumergir en su interior como indeseables o irreconciliable” (Erikson, 2004, págs. 13-14). Por lo que, durante las crisis de identidad, el individuo o colectivo puede perder su resistencia frente a dichos aspectos negativos, y despertarse en ellos una ira que puede ser transformada y manipulada hábilmente por *líderes psicópatas*, donde la *identidad negativa* se vuelve la dominante. “La ira despertada por la pérdida de identidad amenazada puede explotar en la destructividad arbitraria del populacho, o puede servir a la eficiente violencia de las maquinarias de la destrucción organizada” (Erikson, 2004, p. 14).

En cuanto a las razones que nos llevan a una crisis de identidad, Erikson confía su origen a los siguientes elementos: “la naturaleza del conflicto de identidad depende a menudo del pánico latente infiltrado dentro de un período histórico. Algunos períodos en la historia se vuelven vacíos de identidad a causa de tres formas básicas de la aprensión humana: miedos despertados por hechos nuevos, tales como descubrimientos e inventos (incluyendo armas) que cambian y expanden en forma radical la totalidad de la imagen del mundo; ansiedades despertadas por peligros simbólicos percibidos vagamente como una consecuencia de la desintegración de las ideologías existentes; y el temor de un abismo existencial desprovisto de significado espiritual” (Erikson, 2004, p. 14).

Recogiendo el testigo y a modo de conclusión, el politólogo y filósofo Eric Voegelin⁵ describió en su obra: *Nueva ciencia de la política* (1952), la crisis de sentido y la vacuidad identitaria actual de la siguiente manera: “esta nueva absolutidad del mal, sin embargo, no la introduce el revolucionario en la situación; es reflejo de la auténtica desespiritualización de la sociedad de la que surge el revolucionario. La crisis revolucionaria de nuestro tiempo se distingue de revoluciones anteriores por el hecho de que la sustancia espiritual de la sociedad occidental ha disminuido casi hasta desaparecer, y el vacío no da ninguna señal de estar llenándose con nuevas fuentes”. (Mishra, 2021, p. 273)

IV. La identidad es un concepto moderno

La identidad ha existido desde siempre, no obstante, su forma y percepción han ido variando junto con los cambios sociales y materiales de la época. Los conceptos que hemos desarrollado de identidad individual y colectiva son conceptos estrechamente ligados a la modernidad, como exponía Habermas. Pero, ¿qué diferencia a la identidad premoderna de la moderna?

En primer lugar, uno de los primeros que esbozó o abrió el camino para el sentido moderno de la identidad fue Martín Lutero. El joven católico sufrió él mismo una crisis de

⁵ Eric Voegelin nació en 1901 y se refugió en EEUU poco antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial. Su vida personal y académica estuvo marcada por la reflexión política y filosófica acerca del mal moderno.

identidad, lo que le llevó hacia su ruptura con la Iglesia y a pronunciar la Reforma luterana. Este mismo evento fue tan crucial que incluso se granjeó el estudio del psicoanalista austriaco Erikson, el cual dedicó un libro entero a estudiar la crisis identitaria del joven Lutero. La idea moderna de identidad se empieza a concebir en este preciso instante.

Según Fukuyama, los rasgos que diferencian a la identidad tradicional de la moderna los podemos sintetizar de la siguiente manera: “el concepto moderno de identidad une tres fenómenos distintos. El primero es el *thymós*, un aspecto universal de la personalidad humana que anhela el reconocimiento. La segunda es la distinción entre el yo interno y el externo, y la elevación de la valoración moral del yo interno por encima de la sociedad externa. El tercero es un concepto evolutivo de dignidad, en el que el reconocimiento se debe no sólo a una clase limitada de personas, sino a todos. La ampliación y la universalización de la dignidad convierte la búsqueda privada del yo en un proyecto político” (Fukuyama, 2022, p. 52).

El *thymós* se trata de la tercera parte del alma que ansía el reconocimiento. En cuanto al segundo elemento, “Lutero fue uno de los primeros pensadores occidentales en articular y valorar el yo interno sobre el ser social externo” (Fukuyama, 2022, p. 41). Por otro lado, el reconocimiento y la dignidad son los otros elementos indispensables para comprender el sentido moderno de la identidad: “el sentido interior de la dignidad busca el reconocimiento. No es suficiente que tenga un sentido de mi propio valor si otras personas no lo reconocen públicamente, si me denigran o si no reconocen mi existencia. La autoestima surge de la estima de los demás” (Fukuyama, 2022, p. 26).

Por su parte, Taylor coincide con Fukuyama y reconoce que: “al final, la auto percepción de nuestra identidad es irrelevante si no es compartida o respetada por el grupo, y es precisamente el ansia por el reconocimiento, reivindicación y lucha por la dignidad, la que ha llevado a la identidad a la portada de los noticiarios. [...] Hablo del tema del reconocimiento por otro como condición de la identidad lograda. El individuo tiene necesidad, para ser él mismo, de ser reconocido. Según el célebre análisis de Hegel, exige el *reconocimiento*” (Taylor, 1995, p. 4).

Ahora bien, siendo la identidad un término contrapuesto, es decir, un concepto que necesita de la presencia del *otro* para existir, si el *otro* no forma parte de dicho proceso, este no se puede completar, lo cual nos hace preguntarnos ¿quién es el *otro*? Aquí es donde entra en juego el concepto de dignidad, y como reformula la sociedad moderna en relación con el reconocimiento: “la dignidad del hombre moderno, la dignidad del ciudadano proyecta un mundo igualitario sobre cuyo fondo encuentran su sentido. Ahora bien, la transición del «honor» a la «dignidad» así concebida es justamente la que ha dado su sentido al discurso moderno de la identidad” (Fukuyama, 2022, pp. 36-37).

Con el fin del Antiguo Régimen, simbólicamente representado en la Revolución francesa, pasamos de una sociedad jerarquizada y estamental a una sociedad de iguales, de pares. Esto es fundamental, puesto que si anteriormente solo la gente de mi misma valía u honor podía juzgarme – nobles entre nobles, plebeyos entre plebeyos – al formar parte de una misma sociedad ecuánime todos tenemos una misma dignidad; por lo que el reconocimiento ya no es necesario sólo por parte de un grupo minoritario, sino por parte de toda la sociedad.

A propósito de las sociedades tradicionales, el concepto de identidad moderno era sencillamente inviable en ellas, tanto para Lutero como para sus coetáneos. Al encontrarse en una sociedad de rangos estrictamente jerarquizada, los roles sociales eran fijos y limitados, por

lo que generalmente estaban preestablecidos. No existía un auténtico pluralismo, las creencias eran compartidas por todos a nivel universal y no personal, de tal manera que no existía originalidad en ese sentido.

*“The idea that each person has a unique character and special potentialities that may or may not be fulfilled is alien to pre-modern culture. In medieval Europe, lineage, gender, social status, and other attributes relevant to identity were all relatively fixed”*⁶ (Giddens, 1991, pp. 74-75).

Fukuyama expone así esta circunstancia: “los aristócratas se consideraban mejores que los demás y poseían lo que podríamos llamar *megalotimia*, el deseo de ser reconocido como superior. Las sociedades predemocráticas se basaban en una jerarquía social, por lo que esta creencia en la superioridad inherente de cierta clase de personas era fundamental para el mantenimiento del orden social. Por otro lado, un impulso humano igualmente poderoso es ser considerado tan bueno como cualquiera, algo que podemos denominar *isotimia*. El surgimiento de la democracia moderna es la historia del desplazamiento de la *megalotimia* por la *isotimia*: sociedades que sólo reconocían a una élite reducida fueron reemplazadas por otras que reconocían a todos como inherentemente iguales” (Fukuyama, 2022, pp. 36-37).

Para concluir, nos gustaría ejemplificar las luchas por el reconocimiento con un ejemplo moderno expuesto por Fukuyama: “fijémonos, por ejemplo, en el movimiento por el matrimonio gay, que se ha extendido como un incendio en todo el mundo desarrollado en las primeras décadas del siglo XXI. Este movimiento tiene un aspecto económico, relacionado con los derechos de supervivencia, herencia y similares para las uniones de gays o lesbianas. Sin embargo, muchos de esos problemas económicos podrían haber sido resueltos, y en muchos casos se hizo, a través de nuevas reglas sobre la propiedad en las uniones civiles. Pero una unión civil habría tenido un estatus más bajo que un matrimonio: la sociedad estaría diciendo que las personas homosexuales podrían estar juntas legalmente, pero su vínculo sería diferente al de un hombre y una mujer. Este resultado era inaceptable para millones de personas que querían que sus sistemas políticos reconocieran explícitamente la igual dignidad de gays y lesbianas; la posibilidad de casarse era sólo un marcador de esa dignidad igual” (Fukuyama, 2022, pp. 34-35).

⁶ *La idea de que cada persona tiene un carácter único y potencialidades especiales que pueden o no ser realizadas es ajena a la cultura premoderna. En la Europa medieval, el linaje, el género, el estatus social y otros atributos relevantes para la identidad eran relativamente fijos.* (Traducción elaborada con Google Traductor).

PARTE II

V. La aparición de la identidad nacional como nueva realidad

“La evolución del concepto de identidad se debió tanto a una evolución en el pensamiento como las condiciones cambiantes de la sociedad en general cuando Europa inició el proceso de modernización socioeconómica” (Fukuyama, 2022, pág. 43). A partir del siglo XVIII, el avance progresivo de la modernidad hacia unas formas de organización y estructuras más capitalistas trajo elementos clave para la aparición de la identidad nacional. Así, las nuevas sociedades comerciales comenzaron a liberalizarse en lo económico y lo social, desarrollándose factores como el capitalismo de imprenta y la novela, que potenciaron la emergencia de una comunidad imaginada denominada nación. Por esta razón, a la hora de explorar el concepto de identidad nacional, es vital que lo hagamos dentro del contexto adecuado: la modernidad.

1. El papel de la Modernidad y la Ilustración en la construcción de la Nación

El nacionalismo no es un fácil objeto de estudio, pues, como bien indica Benedict Anderson, “no ha producido nada remotamente comparable a un Hobbes, un Tocqueville o un Marx” (Contreras, 2002, pág. 258). El origen del nacionalismo, o con más precisión, de la identidad nacional, ha sido objeto de debate durante muchas décadas. Diversos autores han analizado el origen y las causas de este; cómo mueve a las masas y cómo se ha asentado como un orden tan arraigado e indiscutido, donde ya muy pocos se preguntan por qué el mundo se organiza en naciones o Estados-nación.

Cómo y por qué surge la identidad nacional, por tanto, es debatible, y así lo analizaremos más adelante, pero el dónde y el cuándo dicho “sentimiento nacional” emerge con fuerza, no parece ser objeto de tanto debate. El siglo XIX fue testigo del nacimiento del nacionalismo alemán, considerado por muchos la primera identidad nacional moderna, fruto de la Ilustración y el Romanticismo, principalmente.

Primero de todo, ¿en qué consistía la Ilustración? La Ilustración, *the Age of Enlightenment* o *le Siècle des Lumières*, fue un movimiento intelectual y cultural multidisciplinar, ya que afectaba a la política, la economía, las ciencias, el arte, la religión y otros muchos aspectos. Influenciada por el movimiento humanista y la revolución científica, seguía claros principios como: el pensamiento racional, el conocimiento como camino hacia el progreso, el antropocentrismo, la crítica a la iglesia, etc. Por otro lado, el romanticismo surgió como reacción a la Ilustración, y en lugar de dotar de tanta importancia a la razón, prefirió dotársela a los sentimientos y la subjetividad.

La Ilustración se desarrolló esencialmente en Francia e Inglaterra, aunque también hubo movimiento ilustrado en muchos otros países. Sentenció la ruptura con el Antiguo Régimen y el orden tradicional a través de ideas novedosas y disruptivas, proclamando una nueva era de progreso y modernidad. Según Giddens: “las formas de vida introducidas por la modernidad arrasaron de manera sin precedentes todas las modalidades tradicionales del orden social. Tanto en extensión como en intensidad, las transformaciones que ha acarreado la modernidad son más profundas que la mayoría de los tipos de cambio característicos de períodos anteriores” (Giddens, 1994, pp. 18).

¿En qué consistieron estas transformaciones? En palabras de Habermas: “el proyecto de modernidad formulado en el siglo XVIII por los filósofos de la Ilustración consistió en sus esfuerzos para desarrollar una ciencia objetiva, una moralidad y leyes universales y un arte autónomo acorde con su lógica interna. [...] Los filósofos de la Ilustración querían utilizar esta acumulación de cultura especializada para el enriquecimiento de la vida cotidiana, es decir, para la organización racional de la vida social cotidiana” (Habermas, 2008, p. 28).

Estos conceptos se materializaron con éxito tras la Revolución francesa, que instauró unos nuevos ideales: “una sociedad racionalista, igualitaria y universalista en la que los hombres se construían sus propias vidas” (Mishra, 2021, p. 65). Francia se convertía así en foco de la modernidad y del progreso, tal y como expuso Voltaire: “en el siglo XVIII Francia representaba para el resto del mundo, la civilización moderna de riqueza, modales elegantes y sensibilidad, superando incluso a las antiguas Atenas y Roma en el arte de vivir” (cit. en Mishra, 2021, p. 67).

Por ende, Francia sintió el impulso de exportar dichos ideales y hacerlos universales, pues ese era el propósito cosmopolita francés, una civilización universal y homogénea que siguiese los valores ilustrados de racionalidad y secularización. Fue Napoleón el que se propuso ordenar la civilización europea de acuerdo con estos principios, y exportar así la concepción del universalismo o cosmopolitismo francés, que claramente tuvo un influjo en el resto de las monarquías europeas, “destruyendo a su paso la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado” (Anderson, 2006, p. 25), como recalca Benedict Anderson.

El proyecto ilustrado francés era claro: “los ilustrados se propusieron disipar las tinieblas y el oscurantismo que había vivido la humanidad siglos atrás mediante la razón. La pretensión era pues someter la totalidad a un examen racional. Todo debía pasar por la criba de la razón o en palabras de Kant, el tribunal de la razón” (Romero, 2018, p. 5).

Paulatinamente, los valores ilustrados fueron moldeando las nuevas sociedades hacia la conformación del Estado moderno. En todo ello, la Industrialización tuvo mucho que ver, por lo que Inglaterra, referente industrial, surgiría como otro ejemplo a seguir. “Hacia mediados del siglo XIX era Gran Bretaña, más que Francia, el paradigma de Estado y sociedad modernos. Había puesto en marcha una transición trascendental de economía agraria a industrial, de rural a urbana, y generado, sirviéndose de una filosofía sustanciadora, una ética utilitarista – la máxima felicidad para el mayor número de personas – que se abrió camino hasta Rusia” (Mishra, 2021, p. 67).

La ruptura con el orden tradicional y el proyecto de un orden racional y secular trajo consigo enormes consecuencias y rápidos cambios, que las sociedades no lograron del todo absorber. Muchas de estas transformaciones sociales se debieron también al proceso de industrialización que atravesaron muchas naciones, transitando de una sociedad rural y agraria, a urbana e industrial. El ensayista y novelista indio, Pankaj Mishra expresa que uno de los hechos más fatídicos de la historia humana fue precisamente este, la emergencia de una *civilización industrial y materialista* (Mishra, 2021). Así lo expone él: “es muy fácil no percibir la radical novedad de esta ruptura con el pasado. Porque los cambios gestados por dos revoluciones coincidentes, la francesa y la industrial, significaron una marcada ruptura de la continuidad histórica y dieron entrada a una nueva era de consciencia global. Inauguraron lo que llamamos modernidad: el mundo de política de masas e incesante cambio social y económico, y todo un universo nuevo de posibilidades sobre los modos en que los seres

humanos podían actuar y configurar la historia, colectiva e individualmente” (Mishra, 2021, p. 53).

Dichos cambios produjeron una ola de desencanto y resentimiento en gran parte de Europa, pero, sobre todo, en Alemania y Rusia. Concretamente en Rusia, Dostoievski fue uno de los muchos novelistas que se enfrentó a la nueva ola de modernidad y progreso, pues veía en ella la promoción de principios nocivos como el de “individualismo, aislamiento, de intensa autoconservación, de ganancia personal, de autodeterminación, del yo, de oponer este yo a toda la naturaleza y al resto de la humanidad como un principio autónomo independiente enteramente igual y equivalente a todo lo que existe fuera de sí mismo” (Mishra, 2021, p. 69).

Por su parte, Fukuyama explica así el desenlace de esta ola de racionalización extrema: “La tendencia culminó a finales del siglo XIX con el pensamiento de Friedrich Nietzsche, que admitió que el Dios cristiano existió y estableció un horizonte moral claro para la sociedad europea. Pero Dios había muerto con la ruptura de la creencia, y dejó así un vacío moral que podría llenarse con valores alternativos”. (Fukuyama, 2022, p. 68).

Sin embargo, no fue en Rusia, sino en lo que más adelante sería Alemania, donde la expansión de los valores ilustrados y modernos, alimentados por la conquista napoleónica, conducirían a un sentimiento generalizado de humillación y resentimiento, que catalizó la aparición de una identidad nacional original. La inferioridad frente a Napoleón y la marginalización frente al sofisticado orden socioeconómico que emergía en Europa Occidental, motivó a los jóvenes románticos alemanes a elaborar una pasión nacionalista a través, principalmente, de la literatura (Mishra, 2021).

2. La aportación del Romanticismo alemán a la construcción de la Nación

Como ya hemos indicado, las ideas ilustradas transmitían un mensaje universal, por lo que era necesario expandirlas para que el resto de las sociedades europeas siguiesen el testigo. Napoleón encabezó dichos esfuerzos, y así empezó una ola de emulación nacional o mimetismo de apropiación, que condujo a que el resto de naciones quisieran copiar el modelo francés: “en las décadas posteriores a las guerras napoleónicas, las sociedades europeas aprendieron rápidamente a desarrollar, al estilo francés, modernos ejércitos, tecnologías, ferrocarriles, carreteras y sistemas judiciales y educativos, y a crear sentimientos de pertenencia y solidaridad, casi siempre detectando peligrosos enemigos interiores y exteriores” (Mishra, 2021, p. 65).

Berlín fue uno de los focos principales de esta emulación. En contra de la mimetización de las instituciones y el racionalismo francés se alzaron muchas voces, destacando por encima de todas ellas la del filósofo y teólogo alemán, Johann Gottfried Herder.

A Herder se le asocia con el origen del nacionalismo, no solo alemán, sino a nivel general, precisamente porque “fue un pensador clave a la hora de transitar desde el enfoque de las luchas por el reconocimiento del individuo y su libertad universal a una libertad colectiva basada en características nacionales o culturales particulares” (Fukuyama, 2022, p. 73).

Herder se dio cuenta de cuál era la necesidad más básica del ser humano, más allá del alimento o la procreación, la necesidad de pertenecer a un grupo; una idea que encontró su fundamento en Rousseau. La influencia que el ginebrino tuvo en Herder y en la evolución de la identidad fue crucial para la emergencia de la identidad nacional. A partir de Rousseau, se extendió la idea de que “cada uno de nosotros tiene un ser interior enterrado profundamente en

lo más profundo de nosotros; que es único y fuente de creatividad; que el yo no se expresa por medio de la razón, sino de los sentimientos; y, finalmente, que este ser interior es la base de la dignidad humana que se reconoce en textos políticos como la Declaración de Independencia” (Fukuyama, 2022, p. 109).

Entonces, ¿qué ideas defendía Herder? Frente al universalismo ilustrado francés, Herder quiso reivindicar que “cada una de las naciones del mundo tenía su carácter particular, expresado de modo diferente en su propia lengua, literatura, religión, tradiciones, valores, instituciones y leyes, y la historia era un proceso de autorrealización nacional” (Mishra, 2021, p. 153). De esta manera, el autor alemán buscaba resaltar la riqueza y la diversidad propias de cada cultura. Para él cada comunidad o pueblo es único y distinto del resto, ya que ha sido influenciado por una geografía y clima propios, lo que ha modificado sus costumbres y le ha dotado de unas circunstancias únicas y especiales. En definitiva, la percepción de Herder era que “el racionalismo ilustrado francés había ignorado y humillado la pluralidad de fines y valores de los hombres” (Berlin, 2022, p. 16).

Asimismo, la filosofía herderiana se posicionaba en oposición al universalismo francés, y no tanto al movimiento ilustrado: “Herder no asume jamás una dimensión reactiva frente a los ideales de la ilustración y del cosmopolitismo. Se trata ante todo de la denuncia de esta pretensión francesa de monopolizar la genuina ilustración y el genuino cosmopolitismo. La posibilidad de desplegar estas dos ideas desde una referencia precisa a la cultura alemana, y a toda cultura nacional, constituye la finalidad implícita de la obra de Herder” (Villacañas, 1991, p. 131). La obra de Herder se guiaba entonces por otro propósito: el de reafirmar y enfatizar las diferencias culturales y únicas de cada comunidad, el *Volksgeist* o espíritu del pueblo, frente al racionalismo y la homogeneización francesa. Entendiendo el *Volksgeist* como una esencia que se mantiene viva a lo largo de la historia del pueblo y que conforma su identidad. Como tal, “los *Völker*, igual que los individuos, están llamados a reconocerse mutuamente en sus diferencias irreemplazables, pero complementarias, formando juntos por tanto la entera masa coral humana” (Taylor, 1995, p. 14).

Las ideas de Herder trascenderían y no se limitarían a la esfera germana, la animadversión hacia la homogeneización fruto de la modernidad y la industrialización serían rechazadas por muchos académicos distintos, por ejemplo, Mishra nos recuerda lo que Tocqueville escribiría algunos años más tarde: “la variedad, advertía Tocqueville, ya a mediados del siglo XIX, « está desapareciendo en la especie humana; en todos los rincones del mundo se encuentran las mismas formas de actuar, pensar y sentir [...] todos los pueblos se tratan más entre sí y se copian más fielmente ». Incluso los antiimperialistas que afirmaban su personalidad nacional y su particularidad frente a la misión racionalista, agresivamente universalista de Europa, acabaron al fin reconfigurando radicalmente ancestrales religiones y culturas como el budismo, el hinduismo y el islam en concordancia con líneas europeas, instilando propósitos políticos, se lo reformista y hasta contenido revolucionario en estas creencias modernizadas” (Mishra, 2021, p. 75).

Otro filósofo alemán que contribuiría a la conformación de la identidad nacional alemana fue Johann Gottlieb Fichte, quien resaltaría la importancia de la *Kultur*, una esencia objetiva que se transmite de generación en generación y que nos hace diferentes al resto. Fichte enfatizaría que cada pueblo tiene una *Kultur* propia y que esto le confiere el derecho a un Estado. Además, Fichte “dio también al nacionalismo su rasgo laico característico: la transposición de lealtades religiosas a lealtades políticas” (Mishra, 2021, p. 167).

En suma, hemos analizado dos visiones diferentes, dos ideas clave enfrentadas entre sí: “el largo siglo XIX, que se extendió desde la Revolución francesa hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, conoció dos versiones de dignidad y dos enfoques de identidad incompatibles entre sí. El primero buscaba el reconocimiento de los derechos universales del hombre y el otro buscaba el reconocimiento de la dignidad de distintos pueblos que habían sido oprimidos o secuestrados por otros” (Fukuyama, 2022, p. 75).

3. Un debate acerca de la nación. El nacionalismo cultural contra el nacionalismo cívico

Frente a la idea de nación que hemos discutido, presentada por los románticos alemanes, conocida como *Kulturnation*, su contraparte francesa, encabezada por Emmanuel J. Sieyès y Ernest Renan, presentó una noción muy diferente de su idea de nación. Así, durante el siglo XIX, tuvimos un primer debate sobre qué es la nación y la conformación del Estado-nación moderno. Hablamos del nacionalismo cultural o étnico frente al nacionalismo cívico o político.

Por un lado, como ya hemos visto, Herder y Fichte defendían la nación como una comunidad única unida por una cultura, lengua o espíritu particular. Concretamente, Fichte describiría la nación como “un ente comunitario superior a los individuos y portador de una profunda cultura marcada por unas características nacionales” (Almendral, 2015, p. 2). Por otro lado, Sieyès y Renan entendían la nación de forma muy diferente. Para Sieyès, “la argamasa de la nación no es la sangre, ni el *Volksgeist*, ni la lealtad a los antepasados, ni las afinidades culturales, sino exclusivamente la voluntad de los socios. La voluntad de convivencia encuentra su expresión y su cauce en un marco jurídico-institucional: «una ley común», unos mismos órganos de representación política” (Contreras, 2002, p. 286).

De la mano de Sièyes, “Renan proponía una curiosa mezcla de ideas más bien románticas y otras potencialmente muy modernas, una hibridación entre el peso del pasado y la voluntad de los individuos formantes en el presente y de cara al futuro, insistiendo en la idea de que la convivencia nacional se renovaba permanentemente a través del “deseo de vivir juntos” que se expresa en la propia existencia social” (Almendral, 2015, p. 3). Renan entendía la nación (Hobsbawm, 2022) como un *plebiscito diario cotidiano*, es decir, una adhesión voluntaria diaria a una unidad territorial, política y cultural.

En definitiva, fueron los ilustrados y luego los románticos los que contribuyeron esencialmente a la creación de las realidades nacionales. Ni siquiera estas realidades fueron indiferentes a aquellos que inicialmente las condenaban y rechazaban; así, ocurrió con la política comunista en torno a la *cuestión nacional*, que empezaron rechazando y acabaron aceptando e incluso defendiendo (Hobsbawm, 2022).

Sin embargo, este debate no nos sirve más que para mostrar los desencuentros en torno a lo que constituye o no una nación, pero no ayuda mucho a la hora de discernir el porqué de su aparición. Entonces, ¿por qué surge la identidad nacional y no otra forma de identidad colectiva? ¿qué causas y razones se esconden detrás de los hechos ya comentados?

4. Una aproximación a las distintas teorías sobre el origen del nacionalismo

Existen diversas escuelas que tratan de explicar el proceso de formación de las naciones, que es como definía Anthony D. Smith⁷ al nacionalismo; y la aparición de la identidad nacional. En consecuencia, ha habido múltiples autores que han intentado agrupar y catalogar todas aquellas teorías sobre el nacionalismo, sin embargo, el trabajo de Smith es el más celebre y riguroso. Smith organizó las diversas teorías sobre el nacionalismo en: teorías modernistas, perennialistas y primordialistas; más adelante incluiría también a los posmodernos.

“Dentro del grupo de las modernistas, ubicó las teorías que plantean que la nación es un producto de los cambios asociados a la modernidad, como el capitalismo, la alfabetización y la industrialización. Las teorías perennialistas, por su parte, son las que sostienen que los vínculos sobre los que se construyen las naciones son permanentes y continuos en el tiempo, así que las naciones no son exclusivas de la modernidad. Y las teorías primordialistas son las que consideran que la nación se remonta al pasado y que está construida sobre vínculos fundamentales para el ser humano, como pueden ser la raza, la sangre y la familia” (Restrepo, 2011, p. 571).

En aras de la brevedad, me limitaré a desarrollar las diversas teorías y autores comprendidos dentro del grupo de los modernistas, pues son los que más y mejor se ajustan a los propósitos del trabajo. El resto de los grupos, a saber: los perennialistas y primordialistas; se constituyen por aquellos que entienden la nación como una continuidad histórica y, por ende, para ellos el mundo se organiza naturalmente en naciones. Dichas teorías se centran más en demostrar la existencia objetiva de la nación que en comprender dicho fenómeno, y desde luego que no la entienden como una construcción moderna.

Para mayor precisión, la profesora Martha Lucía Márquez Restrepo de la Universidad Javeriana de Bogotá diferencia dentro de la escuela de los modernistas, agrupada por Smith, cinco grupos diferentes: “la escuela del *Nation-Building*, los estructuralistas, los marxistas, los instrumentalistas y aquellos que entienden la nación como un fenómeno ideológico” (Restrepo, 2011, p. 572).

¿Qué tienen en común estos grupos? “Según Smith, los modernistas se caracterizan por concebir la nación como una comunidad política moderna, creada, mecánica, dividida y esencialmente construida por las élites [...]. El paradigma modernista no acepta que haya continuidad entre las identidades premodernas y las modernas y sostiene que el nacionalismo construye las naciones y no al revés. En esa construcción de la nación juegan un papel central los gobernantes y las élites estatales que, a través de la educación, la estandarización de la lengua y los medios de comunicación, construyen la identidad nacional que funciona como una cultura política en la que se sustenta la comunidad cívico, popular y territorial que es la nación” (Restrepo, 2011, pp. 572-573).

En primer lugar, la escuela del *Nation-Building* considera que “la nación es una necesidad del mundo moderno en el que la división del trabajo, la movilidad del capitalismo y los mercados, requieren de esa comunicación con un grupo más grande que la tribu –entidad propia del mundo tradicional–, y donde el Estado requiere de la unidad de la comunidad en la

⁷ Anthony D. Smith fue un influyente sociólogo y politólogo británico ampliamente reconocido por sus aportes significativos al estudio del nacionalismo y la etnicidad, siendo considerado uno de los fundadores de la sociología del nacionalismo. Fue alumno de Ernest Gellner, filósofo y antropólogo social, el cual también estudió el nacionalismo.

que se establece. Por esto el Estado impulsa la construcción de la nación a través de la asimilación de todos los grupos étnicos en una cultura común que descansa sobre un lenguaje común, proceso que se logra fundamentalmente a través del uso de los medios de comunicación” (Restrepo, 2011, p. 573). Sin embargo, esta visión cuenta con numerosas críticas, especialmente por parte de Smith, ya que considera que esta visión se limita a la realidad de Europa Occidental, y no al resto.

En segundo lugar, los estructuralistas, con Ernest Gellner, Eric Hobsbawm y Benedict Anderson al frente, “conciben la nación como un fenómeno histórico propio de la modernidad y tratan de determinar cuáles son las condiciones históricas que dieron origen a la nación” (Restrepo, 2011, p. 575).

Según Gellner, el surgimiento de las naciones y de los nacionalismos se debe al fenómeno que llamó “industrialismo”, por el que la transición de una sociedad agraria a una industrial implicaba profundos cambios y transformaciones sociales, económicas y culturales que conllevaban al inicio de dicho proceso. “Las naciones son una necesidad, pues el capitalismo y el comercio suponen movilidad laboral, lo que implica la existencia de una cultura común y, como parte de ella, un mismo lenguaje con el cual puedan comunicarse los que se mueven en el mercado y los trabajadores. Esta cultura común es, generalmente, elaborada por intelectuales, normalmente tomando elementos de la cultura de las élites en la que ellos fueron educados” (Restrepo, 2011, p. 575). Así, debido a las condiciones de “una sociedad mucho más móvil, comunicativa y conflictiva, la identidad nacional vendría a sustituir vacíos dejados por el cambio estructural” (Almendral, 2015, p. 7).

Por su parte, Hobsbawm, reconoce que la existencia inherente y perenne de las naciones es un mito, la posible existencia previa de una identidad nacional no es una condición necesaria ni suficiente para la formación de una nación y del nacionalismo, de hecho, la identidad nacional se conforma a través de la acción del Estado, como resultado de este, y no al contrario. “Como se ha observado a menudo, es más frecuente que las naciones sean la consecuencia de crear un Estado que los cimientos de éste” (Hobsbawm, 1998, p. 86).

Finalmente, en el grupo de los estructuralistas destaca también Benedict Anderson, el cual nos ofrece la definición más precisa y pragmática sobre la nación: “una comunidad políticamente imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 2006, pág. 23). La nación es una comunidad imaginada porque su extensión no permite conocer personalmente a todos los miembros que la componen, y es a su vez limitada, porque está definida por un territorio comprendido sobre el que se tiene el derecho a erigirse libremente como un Estado soberano.

Anderson entiende que las comunidades imaginadas surgirían a partir del “derrumbamiento de tres concepciones culturales tradicionales: el acceso privilegiado a la escritura portadora de la verdad ontológica, las ideas de jerarquización y verticalidad social sancionadas por la divinidad y la concepción tradicional de la temporalidad que unía cosmología e historia, orígenes del mundo con orígenes del hombre” (Almendral, 2015, p. 7). Estos cambios habrían estado favorecidos a su vez por una serie de cambios estructurales como la invención de la imprenta y su uso comercial (lo que denomina él: *capitalismo de imprenta*) y el desarrollo estandarizado de las lenguas vernáculas. La importancia fundamental del capitalismo de imprenta permitiría “que un número rápidamente creciente de personas pensarán acerca de sí mismos, y se relacionaran con otros, en formas profundamente nuevas” (Anderson, 2006, p. 62).

En tercer lugar, después de los estructuralistas, encontramos el enfoque marxista, que parte de la teoría de Marx y Engels, que consideraban inicialmente que los obreros carecían de patria, pero, eventualmente, acabaron reconociendo la libertad de autodeterminación de los pueblos y naciones oprimidas. Para este grupo “La nación aparece con posterioridad al Estado, que, a su vez, es producto de las estructuras de mercado y de las relaciones de clase propias del capitalismo moderno, especialmente la aparición del trabajo asalariado y la disolución de las relaciones feudales y corporativas” (Restrepo, 2011, pág. 583).

Finalmente, en la línea de aquellos que analizan al nacionalismo como un fenómeno ideológico encontramos a Paul Brass y Elie Kedourie. Por un lado, Paul Brass “entiende el nacionalismo como una ideología creada por élites que usan marcadores identitarios, como la lengua y la raza, para movilizar masas disponibles que han perdido sus referentes tradicionales como producto de la modernización” con el propósito de consolidar o asentar el poder de las élites. Por otro lado, el británico Elie Kedourie “presentaba un enfoque más ideológico que sociológico y veía el nacionalismo como un producto de la Ilustración y el Romanticismo. Kedourie definió las naciones como creaciones artificiales, resultado de la acción de intelectuales al servicio del Estado o excluidos del poder, que inoculan sus ideas «como una ideología que se expande cual enfermedad»” (Almendral, 2015, pág. 6).

Sin embargo, en contra de esta teoría, Isaiah Berlin niega que el nacionalismo sea una ideología. Según él, “tras el nacionalismo se encuentra, en primer lugar, no la manifestación de una ideología sino la expresión patológica de una necesidad humana: el reconocimiento como miembro de un grupo” (Berlin, 2022, pág. 11). Se trata así de una manifestación patológica que brota de la necesidad de pertenencia a un grupo, y que “adopta una forma ideológica, destructiva, brutal, que resulta imposible de detener por medios pacíficos” (Berlin, 2022, pág. 10).

Finalmente, otra aproximación que consideramos relevante destacar es aquella que coloca a la crisis identitaria y de creencias como el motor de la aparición del Estado-nación. De acuerdo con las tesis modernistas, los múltiples cambios estructurales en las sociedades europeas durante el siglo XVIII desencadenaron en una crisis de identidad, similar a la actual, pero con sus circunstancias diferentes. Por ejemplo, Emile Durkheim⁸ “habla de la pérdida de viejos centros de identificación y de adhesión y de la necesidad imperiosa, cuando esto ocurre, de crear nuevos centros que los sustituyan” (Fuentes, 1991, p. 1).

Evidentemente, los factores materiales que han sido desarrollados por Hobsbawm o Anderson son imprescindibles para entender este proceso, pero no alcanzaríamos a ver la imagen completa sin exponer también la crisis de identidad desencadenada con la irrupción de la modernidad. “Cuando un horizonte moral estable y compartido desaparece y es reemplazado por una cacofonía de sistemas de valores en competencia, la gran mayoría de la gente no se alegra de su nueva libertad de elección. Más bien, la gente siente una intensa inseguridad y alienación porque no sabe quién es su verdadero yo. Esta crisis de identidad conduce en la dirección opuesta del individualismo con un grupo social y restablezca un horizonte moral claro. Este hecho psicológico sienta las bases del nacionalismo” (Fukuyama, 2022, p. 70).

El nacionalismo, entonces, ha de ser entendido como el resultado de una crisis de identidad y de creencias a causa de la modernidad. Fue la sustitución de la religión tradicional

⁸ Émile Durkheim (1858-1917) fue un destacado sociólogo francés y uno de los fundadores de la sociología moderna. Su obra se centró en entender cómo las sociedades pueden mantener su integridad y coherencia en tiempos de modernización y cambio.

y del orden tradicional por una nueva identificación que ofreciera un marco de seguridad nuevo. “Así, la nación y el nacionalismo han sido considerados como producto de alguna necesidad psicológica universal de pertenencia; como sustitutos modernos de la religión; como la variable dependiente de algún proceso más general que actúa como factor explicativo – la modernidad y la erosión de los modos de vida tradicionales, la modernización, el desarrollo del capitalismo, el carácter desigual y combinado de su expansión, el colonialismo y el imperialismo, la lucha de clases, el desarrollo de nuevas formas de comunicación y cultura, entre otros – o como el tránsito de una doctrina filosófica y política hacia el poder, además de las múltiples explicaciones singulares que se despliegan en las historias de nacionalismos particulares” (Lvovich, 2002, p. 3).

VI. La evolución del nacionalismo. Desde Europa hacia el mundo

1. Primera Etapa. Protonacionalismo y la conformación del Estado moderno

El protonacionalismo consistió en la formación de las primeras naciones modernas, a partir de la revolución francesa, y de acuerdo con los estándares del Estado liberal moderno, lo que se denomina la *edificación de naciones*. Anterior a esta etapa, la idea de que la identidad nacional estuviera tan generalizada y “tan natural, primaria y permanente que precede a la historia” (Hobsbawm, 2022, p. 29) resultaría absurdo. Paulatinamente, la identidad nacional se asentaría como la identificación colectiva por excelencia, por encima de cualquier otra lealtad.

Durante la *edificación de naciones*, que abarcó gran parte del siglo XIX, se impulsó una identificación nacional basada en el *principio de nacionalidad* enunciado por Giuseppe Mazzini⁹, que indica lo siguiente: “cada nación un Estado; sólo un Estado para cada nación”. Este principio no resultaba tan abierto y plural como en apariencia, en verdad, tal y como entendían Mazzini y las clases dominantes de la época, tan sólo aquellos pueblos que pudieran demostrar que la formación de un Estado-nación “encajaba en la evolución y el progreso históricos o los fomentaba” (Hobsbawm, 2022, p. 71) tendrían los argumentos necesarios para la fundación de un Estado-nación. Es decir, aquellos territorios que fueran incapaces de demostrar una trazabilidad histórica que justificara la formación de un Estado-nación carecían de la argumentación necesaria para establecer su propio Estado a ojos de la sociedad europea, independientemente de cómo se sintiera la población local o la simpatía que ésta generase hacia el exterior.

“Por lo tanto, para comprender la «nación» de la era liberal clásica es esencial tener presente que la «edificación de naciones», por central que fuese para la historia del siglo XIX, era aplicable a sólo algunas naciones. Y, a decir verdad, la exigencia de que se aplicara el «principio de nacionalidad» tampoco era universal. Como problema internacional y como problema político nacional afectaba únicamente a un número limitado de pueblos o regiones, incluso dentro de Estados multilingües y multiétnicos tales como el imperio Habsburgo, donde ya dominaba claramente la política” (Hobsbawm, 2022, p. 73).

⁹ Giuseppe Mazzini (1805-1872), apodado el Alma de Italia, fue un político, periodista y activista italiano, una de las figuras más influyentes en el movimiento del Risorgimento, que buscaba la unificación de Italia. Mazzini es conocido por su ferviente nacionalismo y sus ideales republicanos, y por su papel en la promoción de una Italia unida y libre de dominación extranjera.

Así, podemos observar que el *principio de nacionalidad* no se cumplía estrictamente como habríamos esperado, y que se diferenciaba enormemente del principio de nacionalidad que surgiría más en adelante, en la era de la democratización y la política de masas. “En tiempos de Mazzini no importaba que para el grueso de los italianos el *Risorgimento* no existiera, tal como reconoció Massimo d'Azeglio¹⁰ en la famosa frase: «hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer los italianos». Ni siquiera importaba a los que consideraban «la cuestión polaca» que probablemente la mayoría de los campesinos de habla polaca [...] todavía no se sintieran nacionalistas polacos; como el futuro liberador de Polonia, el coronel *Pilsudski*, reconoció en su frase: «es el Estado el que hace la nación y no la nación el Estado” (Hobsbawm, 2022, p. 76).

Paulatinamente la identidad nacional fue expandiéndose por Europa como una idea atrayente, a medida que el sentimiento popular y nacional fue cobrando importancia. La identificación nacional se fue imponiendo como la lealtad imperante, promovida efusivamente por las élites económicas y los intelectuales y literatos de cada territorio, debilitándose gravemente “garantes tradicionales de la lealtad tales como la legitimidad dinástica, la ordenación divina, el derecho histórico y la continuidad de gobierno, o la cohesión religiosa” (Hobsbawm, 2022, p. 139).

2. Segunda Etapa. La transformación del nacionalismo

Siguiendo con las distintas fases del nacionalismo elaboradas por Hobsbawm, a partir de 1880, el nacionalismo sufrió algunas transformaciones que desatarían una nueva etapa en la historia nacionalista. Esta segunda etapa, que comprende desde 1880 aproximadamente, hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914, se caracterizaría esencialmente por la modificación del *principio de nacionalidad* que rigió incuestionadamente la primera etapa.

En estos años, la sociedad europea observó el viraje desde un principio restrictivo que no acreditaba a todos los pueblos la capacidad para fundar un Estado propio, funcionado por tanto como un principio umbral, hacia el *principio de autodeterminación nacional* que acabaría asentando firmemente Woodrow Wilson, vigésimo-octavo presidente de los Estados Unidos, con el transcurso de la Primera Guerra Mundial. “En lo sucesivo *cualquier* conjunto de personas que se consideraran como «nación» reivindicó el derecho a la autodeterminación, que, en último término, significaba el derecho a un Estado aparte, soberano e independiente para su territorio” (Hobsbawm, 2022, p. 167).

En segundo lugar, como consecuencia de la multiplicidad de naciones que se producirían al transitar desde el *principio de nacionalidad* hacia el *principio de autodeterminación*, “la etnicidad y la lengua se convirtieron en los criterios centrales, cada vez más decisivos o incluso únicos de la condición de nación en potencia” (Hobsbawm, 2022, p. 167). Previamente, la lucha por el reconocimiento cultural o lingüístico no era un motivo para establecer un Estado aparte, ni siquiera aquellos que defendían su idiosincrasia singular abogaban por la autodeterminación, pero durante el proceso de edificación de naciones, la realidad multilingüe y multiétnica de muchos territorios se hizo cada vez más evidente, elevando la cuestión a una mayor importancia.

“El «principio de nacionalidad» en la formulación «wilsoniana» que dominó los tratados de paz al concluir la Primera Guerra Mundial produjo una Europa de veintiséis Estados:

¹⁰ Massimo d'Azeglio (1798-1866) fue un destacado político, escritor, pintor y patriota italiano, conocido por su papel en el movimiento del *Risorgimento*, que llevó a la unificación de Italia.

veintisiete si añadimos el Estado libre de Irlanda que se fundaría poco después. Me limito a añadir que en un solo estudio reciente de movimientos regionalistas en la Europa occidental se cuentan cuarenta y dos de ellos, demostración de lo que puede suceder cuando se abandona el «principio del umbral» (Hobsbawm, 2022, p. 57).

Una ejemplificación de la transformación del nacionalismo durante esta etapa es el caso finlandés: “el nacionalismo finlandés tenía por objeto defender la autonomía del gran ducado bajo los zares, y los liberales finlandeses que surgieron después de 1848 se tenían a sí mismos por los representantes de una sola nación bilingüe. El nacionalismo finlandés no pasó a ser esencialmente lingüístico hasta, aproximadamente, el decenio de 1860, pero hasta el decenio de 1880 la lucha lingüística siguió siendo en gran parte una lucha de clases interna entre los finlandeses de clase baja (representados por los *Fennomen*, partidarios de una sola nación con el finlandés por lengua) y la minoría sueca de clase alta, representada por los *Svecomen* (que argüían que el país contenía dos naciones y, por ende, dos lenguas). Hasta después de 1880, momento en que el zarismo adoptó su propia postura nacionalista y rusificadora, no coincidió la lucha por la autonomía con la lucha por la lengua y la cultura” (Hobsbawm, 2022, p. 173).

En tercer lugar, el nacionalismo sufrió un último cambio durante esta etapa, ya que osciló desde los estratos más liberales y de la izquierda hacia la derecha política, trasladándose así los sentimientos nacionales dentro del Estado-nación. Inicialmente, el nacionalismo era una fuerza novedosa y disruptiva que atraía a aquellos grupos más liberales, amantes del progreso, y que se situó como fuerza antagónica a los movimientos más conservadores, contrario a la percepción que podríamos tener en la actualidad. Sin embargo, “entre los estratos intermedios menores el nacionalismo sufrió así una mutación y dejó de ser un concepto asociado con el liberalismo y la izquierda para transformarse en un movimiento chauvinista, imperialista y xenófobo de la derecha, o, para ser más exactos, de la derecha radical, fenómeno que ya podía observarse en la utilización ambigua de términos tales como «patria» y «patriotismo» hacia 1870 en Francia” (Hobsbawm, 2022, p. 195). Una de las razones de esta oscilación fue la necesidad de involucrar a la masa ciudadana en el proceso de construcción de la nación, como respuesta al avance del proceso de democratización nacional.

En definitiva, “los principales cambios políticos que convirtieron una receptividad potencial a los llamamientos nacionales en la recepción real fueron la democratización de la política en un número creciente de Estados y la creación del moderno Estado administrativo, movilizador de ciudadanos y capaz de influir en ellos” (Hobsbawm, 2022, p. 178). La participación de toda la ciudadanía en la identidad nacional fue siendo cada vez más popular y exitosa, la conciencia nacional estaba en aumento y se asentó definitivamente con la doctrina de Woodrow Wilson y la popularización de la autodeterminación nacional.

3. Tercera Etapa. El apogeo del nacionalismo

En 1918 da comienzo el proceso que Hobsbawm denomina *El apogeo del nacionalismo*, que va desde 1918 hasta 1950. Este apogeo comenzó como resultado de todas las transformaciones acaecidas durante la segunda etapa y que dieron lugar a una multiplicidad de nuevos Estados fruto de la caída de los imperios y el proceso de descolonización tras la Segunda Guerra Mundial. El mayor responsable de este efecto fue el presidente Estadounidense Woodrow Wilson, cuyo *principio de autodeterminación nacional* renovó el *principio de nacionalidad* anterior, como ya hemos explicado. Pero no todos los efectos producidos por este principio fueron los previstos ni deseados al promulgarse.

En primer lugar, tras la Primera Guerra Mundial se pretendió trazar el mapa europeo de posguerra de acuerdo con las barreras naturales impuestas por la lengua y las nacionalidades. La idea wilsoniana resultó en que el proyecto nacional de muchos Estados-nación pasara por la creación de una sociedad homogénea, que siguiera los estándares, creencias y lengua del grupo o etnia mayoritario. “El principal cambio radicaba en que los Estados eran ahora, por término medio, bastante más pequeños, a la vez que a los «pueblos oprimidos» que había en ellos ahora se les llamaba «minorías oprimidas». La consecuencia lógica del intento de crear un continente pulcramente dividido en Estados territoriales coherentes, cada uno de ellos habitado por una población homogénea, tanto étnica como lingüísticamente, fue la expulsión en masa o el exterminio de las minorías. Esta era y es la fatal reducción al absurdo del nacionalismo en su versión territorial, aunque no quedó plenamente demostrado hasta el decenio de 1940” (Hobsbawm, 2022, p. 214).

Por ende, con la consecución de este proyecto, fueron muchos los Estados europeos que se sumieron en un proceso de «purificación» étnica, religiosa o lingüística dentro de sus fronteras, erradicando o expulsando a grandes grupos de la población. Algunos ejemplos fueron los griegos expulsados de Turquía después de siglos de cohabitación, el genocidio armenio a manos de los turcos, el pueblo judío a manos de media Europa, los chechenos a manos del régimen estalinista, etc. “Ahora era posible ver la nación territorial homogénea como un programa que sólo podían llevar a cabo unos bárbaros, o, como mínimo, gente que usara medios propios de bárbaros” (Hobsbawm, 2022, p. 215). Esto demostró que las pequeñas naciones eran tan xenóforas y radicales como los grandes imperios.

En segundo lugar, la experiencia de los recién formados Estados-nación demostró: “que la «idea nacional» tal como la formulaban sus paladines oficiales no coincidía por fuerza con la autoidentificación real del pueblo interesado” (Hobsbawm, 2022, p. 216). La práctica demostró que, aunque cada pueblo gozara de una lengua, cultura o etnicidad propia, esto no los vinculaba inherentemente entre ellos, y muchas de estas personas, generalmente el campesinado, demostraron tener más lazos y lealtad hacia su antiguo régimen que el nuevo. “Pese a ello, era innegable que había polacos que preferían vivir en Alemania a vivir en la renacida Polonia, o eslovenos que eligieron Austria con preferencia a la nueva Yugoslavia, aunque ello resultaba inexplicable *a priori* para los que creían que los miembros de una nacionalidad se identificaban necesariamente con el Estado territorial que afirmaba encarnarla” (Hobsbawm, 2022, p. 217).

En tercer lugar, muchos Estados europeos se comprometieron oficialmente con el *principio de autodeterminación nacional*, lo que se volvió en su contra irremediamente, ya que el nacionalismo fue una herramienta ampliamente utilizada por los movimientos de liberación colonial. No obstante, muchos autores arguyen que la mayoría de los movimientos de liberación colonial que exigieron ejercer el derecho a la autodeterminación, lo hacían así no con una motivación nacionalista sino antiimperialista. Estos movimientos fueron ampliamente apoyados por la izquierda antifascista, lo cual abrió un hueco de nuevo para la izquierda en el espectro nacionalista. “El nacionalismo adquirió así una sólida asociación con la izquierda durante el período antifascista, asociación que luego fue fortalecida por la experiencia de la lucha antiimperial en los países coloniales. Porque las luchas coloniales estaban ligadas a la izquierda internacional de diversas maneras” (Hobsbawm, 2022, p. 238).

Sin embargo, durante esta etapa los movimientos nacionales no sólo se dieron contra los grandes imperios, sino también contra unidades estatales más pequeñas: “mientras que antes de 1914 el movimiento nacional característico había ido dirigido contra Estados o aglomeraciones

políticas a las que se veía como multinacionales o supranacionales, por ejemplo, los imperios Habsburgo y otomano, a partir de 1919, fue dirigido, en general y en Europa, contra Estados nacionales. Era, pues, casi por definición separatista en vez de unificador, si bien las aspiraciones separatistas podían verse mitigadas por el realismo político o, como en el caso de los unionistas del Ulster, esconderse detrás del apego a algún otro país” (Hobsbawm, 2022, p. 223).

Esto ocurrió sobre todo en los nuevos Estados formados por el proceso descolonizador, cuya única cohesión se encontraba en el rechazo al imperio extranjero y, en ocasiones, la ideología socialista o comunista que los nutría: “dado que pocos movimientos «nacionales» antiimperialistas del Tercer Mundo coincidían con una entidad política o étnica que existiera antes de la llegada de los imperialistas, la evolución del nacionalismo en el sentido que el término tenía en la Europa decimonónica ha ocurrido en gran parte desde la descolonización, es decir, principalmente desde 1945. La mayor parte, por consiguiente, no ha ido dirigida contra un opresor imperialista extranjero, sino contra Estados recién emancipados que reivindicaban una homogeneidad nacional que no poseían. Dicho de otro modo, protestaban contra la irrealidad «nacional», es decir, étnica o cultural, de los territorios en que la era imperial había dividido el mundo dependiente, aunque a veces también contra la irrealidad de las ideologías derivadas de Occidente que hacían suyas las élites modernizadoras que heredaban el poder del antiguo gobernante” (Hobsbawm, 2022, p. 245).

Sin embargo, muchos Estados han conservado sus fronteras administrativas coloniales, pese a no encajar con la distribución natural étnica, religiosa o lingüística, lo que ha conducido a una situación muy semejante a la de Europa en la primera mitad del siglo XX, llevándose a cabo procesos de limpieza étnica, diásporas políticas, persecuciones e incluso genocidios. Algunos ejemplos son: Sudán, Nigeria, Sri Lanka, la India, Libia o Sudáfrica. No obstante, no se puede reducir la situación interna de todos estos países exclusivamente al “derecho inalienable de los pueblos a formar Estados-nación soberanos. [...] Las fricciones y los conflictos, a menudo sangrientos, entre grupos étnicos son más antiguos que el programa político del nacionalismo y seguirán existiendo cuando éste haya desaparecido” (Hobsbawm, 2022, p. 263).

Más allá de los efectos causados por el *principio de autodeterminación* wilsoniano, la etapa apoteósica del nacionalismo se caracterizó esencialmente por los nuevos instrumentos y elementos tecnológicos para domar a las masas. Al igual que la aparición inicial de las *comunidades imaginadas* se debió a ciertas invenciones o nuevas tecnologías, esta última etapa se caracterizó esencialmente por dos nuevos instrumentos: “el primero, que requiere pocos comentarios, fue el auge de los modernos medios de comunicación de masas: prensa, cine y radio. Estos medios permitieron estandarizar, homogeneizar y transformar las ideologías populares, así como, obviamente, que intereses privados y Estados las explotaran para hacer propaganda deliberada. [...] También el *deporte* tendió un puente sobre el abismo que separaba el mundo privado del público. Entre las dos guerras mundiales el deporte como espectáculo de masas se transformó en una inacabable sucesión de encuentros de gladiadores protagonizados por personas y equipos que simbolizaban Estados-nación, lo cual forma hoy día parte de la vida mundial” (Hobsbawm, Naciones y Nacionalismo desde 1780, 2022, pág. 229).

PARTE III

VII. El impacto de la globalización en la identidad nacional

1. Una aproximación al concepto de globalización

Cuando al astrofísico estadounidense, Neil deGrasse Tyson, le preguntaron qué habían ganado los ciudadanos estadounidenses con el alunizaje más allá de una caja de piedras, este respondió brillantemente: “*when we went to the moon to explore the moon, turned around and photographed Earth, we discovered Earth for the first time. We went to the moon to discover the moon and we discovered Earth, not as your schoolroom globe with coloured coded countries, Earth as the universe intended you to see it and we’re all down there together*” (Tyson N. d., 2019).¹¹

La globalización consiste en uno de los fenómenos más impactantes y relevantes de nuestro tiempo; de hecho, sería imposible entender ninguna noticia, movimiento o evento de nuestro día a día sin comprender el marco global que los rodea. La globalización se sitúa como la piedra angular de la crisis de identidad nacional, precisamente, por su papel crucial en la crisis del Estado-nación. Por ende, es menester analizar y estudiar el proceso de globalización como la causa fundamental de la crisis actual.

En primer lugar, la definición de globalización no es sencilla, como tampoco lo es la de nacionalismo, ya que se trata de conceptos ambiguos. “El término de globalización se registró por primera vez en 1961 en el diccionario de lengua inglesa *Webster’s Third New International Dictionary of the English Language Unabridged*” (López D., 2022, p. 13). No obstante, su uso no se hizo más frecuente hasta la década de los ochenta, y este se popularizó extraordinariamente en la década de los noventa, a raíz de la desintegración de la URSS, como augurio de un nuevo orden mundial, altamente conectado y globalizado.

Etimológicamente, el término globalización proviene principalmente de la influencia recibida por la idea de la aldea global (*global village*), acuñada por Marshall McLuhan en su ensayo *Understanding Media: The Extensions of Man*. La idea de la aldea global surge esencialmente como el resultado de la invención de nuevos y asombrosos métodos de comunicación que permitían una hiperconectividad con cualquier rincón de planeta. McLuhan observó este fenómeno como la gran transformación social de nuestra era. Poco más tarde, en 1968, Hannah Arendt hablaría de que “por primera vez en la historia todos los pueblos de la tierra tienen un presente común” (Mishra, 2021, p. 16), atendiendo a la misma idea de la aldea global de McLuhan.

En cuanto a cómo podríamos definir la globalización, el premio Nobel de Economía en 2001, Joseph E. Stiglitz, escribe en su libro *El malestar en la globalización*: “¿qué es este fenómeno de la globalización, objeto simultáneo de tanto vilipendio y tanta alabanza? Fundamentalmente, es la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costes de transporte y comunicación, y el

¹¹ Cuando fuimos a la Luna para explorar la Luna, nos dimos la vuelta y fotografiamos la Tierra; descubrimos la Tierra por primera vez. Fuimos a la Luna para descubrir la Luna y descubrimos la Tierra, no como el globo terráqueo de la escuela con países codificados por colores, la Tierra como el universo pretendía que la vieras y estamos todos juntos allí abajo. (Traducción realizada con Google Traductor).

desmantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y (en menor grado) personas a través de las fronteras” (Stiglitz, 2002, p. 33).

Por su parte, David Held y Anthony McGrew consideran que “la globalización equivale a un aumento de la escala, la creciente magnitud, la aceleración y la intensificación del impacto de los flujos interregionales y de las formas de interacción social, y hace referencia a una transformación de la escala en que los seres humanos nos organizamos socialmente que vincula entre sí a comunidades distantes e incrementa el alcance de las relaciones de poder a través de regiones y continentes” (Adell, 2018, p. 8).

Si hemos leído estos textos detenidamente, habremos notado que ambas definiciones difieren bastante entre sí, lo que nos permite ilustrar los desacuerdos académicos acerca del fenómeno de la globalización, sobre todo, en cuanto al alcance y la dimensión de sus efectos. Por un lado, algunos consideran que se trata exclusivamente de un proceso de integración e interdependencia económica, como indica Stiglitz, mientras que otros atribuyen a la globalización efectos mucho mayores al económico, ampliando sus tentáculos al aspecto social, político y cultural.

De la mano de Stiglitz, Henry Kissinger sostiene que todavía hoy en día existe una clara discontinuidad entre las organizaciones políticas y económicas del mundo: “el sistema económico internacional se ha vuelto global, mientras que la estructura política del mundo continúa basándose en la nación-Estado. El ímpetu económico global es eliminar los obstáculos al flujo de bienes y capital. El sistema político internacional está en su mayoría basado en ideas contrastantes de orden mundial y en la reconciliación de conceptos de interés nacional” (Kissinger, 2019, p. 368).

En cambio, el ya mencionado Giddens, sostiene que los efectos de la globalización incluso afectan a los aspectos más cotidianos de cada individuo: “es un error pensar que la globalización sólo concierne a los grandes sistemas, como el orden financiero mundial. La globalización no tiene que ver sólo con lo que hay «ahí fuera», remoto y alejado del individuo. Es también un fenómeno de «aquí dentro», que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas. [...] Ésta es una revolución verdaderamente global en la vida diaria, cuyas consecuencias se están sintiendo en todo el mundo, en ámbitos que van desde el trabajo a la política” (Giddens, 2000a, p. 8).

Como podemos observar, no existe aún en la actualidad un consenso acerca del fenómeno de la globalización, no existe una única definición y tampoco podemos definir claramente la forma e intensidad de la globalización. Para unos, dicho fenómeno es solo un mito; para otros es un proceso devastador y occidentalizado; o se reconoce su existencia, pero se minimiza su impacto. A propósito de esta confusión, Giddens propone una clasificación entre escépticos y radicales.

Se entiende que los escépticos son aquellos para los que la globalización es principalmente un proceso de integración económica, la cual ni siquiera se encuentra en su mayor apogeo, ya que los niveles de interconexión y comercio no alcanzarían los máximos históricos anteriores a la Primera Guerra Mundial. Además, consideran que este fenómeno no es irreversible, tratándose únicamente de una estrecha interdependencia entre distintos actores. Por otro lado, los radicales “afirman que no sólo la globalización es muy real, sino que sus consecuencias pueden verse en todas partes. El mercado global, dicen, está mucho más desarrollado incluso que en los años sesenta y setenta, y es ajeno a las fronteras nacionales. Los

Estados han perdido gran parte de la soberanía que tuvieron, y los políticos mucha de su capacidad para influir en los acontecimientos [...]. La era del Estado-nación ha terminado” (Giddens, 2000a, p. 7).

Giddens considera que la posición de los radicales se acercaría más a las implicaciones reales del proceso de globalización, no obstante, concluye lo siguiente: “pero no creo que ni los escépticos ni los radicales hayan comprendido adecuadamente qué es o cuáles son sus implicaciones para nosotros. Ambos grupos consideran el fenómeno casi exclusivamente en términos económicos. Es un error. La globalización es política, tecnológica y cultural, además de económica” (Giddens, 2000a, p. 8).

Nos damos cuenta, a medida que avanzamos en el estudio de la globalización, que la complejidad del término puede llevarnos a confundirlo con otros procesos como el de mundialización, globalismo, internacionalización, interdependencia económica, etc. En aras de la brevedad, no repasaremos todos estos términos, pero sí que consideramos conveniente distinguir entre un proceso de integración global efectiva y una ideología o pulsión hacia la gobernanza mundial.

A este respecto, el filósofo español, Gustavo Bueno, diferencia entre la *globalización positiva* y el *globalismo aureolar*. Por un lado, la globalización positiva se refiere al “resultado de las revoluciones industriales que han posibilitado la expansión de los mercados a todos los ángulos del globo terráqueo y que, por ello, suponen la interacción entre los países mediante el comercio internacional propiciado por los medios de transporte y las comunicaciones” (López D. , 2022, p. 25). En cambio, el globalismo aureolar se refiere a “una ideología cosmopolita en la que se pronostica un sistema de gobernanza mundial a través de un supuesto Estado mundial” (López D. , 2022, p. 33).

Para reforzar esta distinción, Ulrich Beck distingue también entre *globalidad* y *globalización*, realizando un análisis similar al de Bueno, en el que: “la *globalidad* significa lo siguiente: hace ya bastante tiempo que vivimos en una sociedad mundial, de manera que la tesis de los espacios cerrados es ficticia. No hay ningún país ni grupo que pueda vivir al margen de los demás. Es decir, que las distintas formas económicas, culturales y políticas no dejan de entremezclarse [...]. Por su parte, la *globalización* significa los procesos en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios” (Beck, 1998, pp. 13-14).

Como podemos observar, la distinción que Beck y Bueno presentan ya sea entre *globalidad* y *globalización* o *globalismo aureolar* y *globalización positiva*, atiende al mismo fenómeno. Por un lado, una integración universal de carácter irreversible fruto de la modernidad y la revolución industrial, y por otro, un proceso cultural y político que sucumbe la soberanía nacional y socava el sistema del Estado-nación.

2. Las consecuencias del proceso de *hiperglobalización*

Si tuviésemos que resumir el proceso globalizador, en una palabra, esta sería velocidad. Tal como enuncia Bauman, en su libro *La globalización*, la magnitud de la velocidad actual es la caracterización principal de este proceso; describe la eliminación de las distancias y la movilidad de capitales, bienes, trabajadores, turistas, información, etc.

El principal motor de la globalización y la razón del aumento vertiginoso de la velocidad es el capital: “la política se ha convertido hoy en un tira y afloja entre la velocidad con que el capital puede moverse y las capacidades de «ralentización» de las instituciones locales, y son éstas las que tienen la sensación de estar librando una batalla imposible de ganar” (Bauman, 2001, p. 36).

Si la velocidad es la característica principal de la globalización, el capital es su foto de perfil; es el símbolo de la globalización, el primer elemento puramente globalizado que ha derribado barreras y fronteras artificiales para moverse libremente por el mundo. De esta manera, Giddens considera la economía capitalista mundial como la primera dimensión o institución de este proceso globalizador. Pero, además del capital, existen otras dimensiones que ayudan a entender la intensificación y alcance de la globalización. Encontramos el sistema del Estado-nación, imperante desde la modernidad y responsable de ordenar el sistema mundial de acuerdo con los propósitos globalizadores a través de organizaciones e instituciones políticas y financieras de alcance mundial¹², ya sea el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio, la Organización de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, etc. Finalmente, las últimas dos dimensiones son el orden militar mundial y la división mundial del trabajo. Por un lado, el orden militar mundial, además de potenciar la industria militar de producción capitalista, teje alianzas internacionales y convierte conflictos locales en globales. Por otro, la división mundial del trabajo se produce por el desarrollo industrial a través de la deslocalización y las cadenas globales de valor (Giddens, 1994).

En cambio, Held y McGrew van más allá de las cuatro dimensiones expuestas por Giddens, ellos decidieron revisar el impacto de la globalización sobre las cuestiones más fundamentales de nuestro tiempo¹³. A modo de esquema, Held y McGrew hablan de 6 puntos: el concepto de globalización, el poder político y la sociedad civil, la cultura (nacional), la economía global, la desigualdad entre naciones y el orden mundial. Según pertenezcamos al grupo de los escépticos o a los radicales entenderemos que la globalización ha tenido un menor o mayor papel en dichos aspectos.

En primer lugar, acerca del concepto de globalización queda poco que discutir ya que ha sido tratado anteriormente. En cuanto al poder político y el orden mundial, Held y McGrew indican que, para los radicales, el proceso de globalización o *hiperglobalización* habría erosionado la soberanía nacional, la autonomía y la legitimidad del Estado-nación en aras de un multilateralismo en auge, fruto de un orden mundial más cosmopolita.

En otra línea de eventos, la economía global habría favorecido una división global del trabajo y procesos industriales transnacionales, fomentado así las desigualdades entre sociedades y dentro de cada sociedad. Es por esto que se aprecia en los radicales un claro tono de preocupación por la incapacidad e impotencia que muestran los Estados-nación a la hora de controlar los efectos de los vaivenes de la economía global sobre su economía local. A este respecto, uno de los autores que expresa su inquietud ante el proceso de globalización es el

¹² Muchas de estas instituciones fueron creadas exitosamente tras la Segunda Guerra Mundial, como la ONU, el BMI, el FMI, el GATT, la CEE o la OEA, años más tarde la tendencia seguiría incrementándose. Sin embargo, esta mentalidad estaba instaurada desde antes con el intento de formación de algunas OOI como la Sociedad de Naciones.

¹³ Dicho análisis lo exponen en su libro *The Global Transformations Reader: An introduction to the Globalization Debate*, editado por ellos pero que cuenta con la colaboración y redacción de grandes autores como Anthony Giddens, Stanley Hoffmann, Manuel Castells, Dani Rodrik, Anthony D. Smith, Joseph Stiglitz o Anthony Payne.

economista turco, Dani Rodrik, quien recoge en su libro: *La paradoja de la globalización; las consecuencias negativas de la hiperglobalización*.

Para ello, Rodrik ha elaborado el denominado *Trilema de Rodrik*, por el que pondera el equilibrio precario entre tres fuerzas, dos de las cuales excluyen a la tercera, siendo incompatible que se den los tres elementos simultáneamente: “es imposible la coexistencia simultánea de Estados nacionales soberanos, globalización total e instituciones democráticas. Si llega a darse un sistema de gobierno mundial, podrán coincidir democracia y globalización, pero sin Estados nacionales; globalización comercial completa sin un sistema de gobernanza mundial implica renunciar a la democracia; y, por último, el cumplimiento de la voluntad democrática expresada en las instituciones de los Estados sólo es posible manteniendo la globalización en jaque. Ergo, concluye Rodrik, hay que frenar la globalización” (Carbajo, 2012, p. 11).

Los efectos que la economía *hiperglobalizada* y el comercio internacional arrollador tienen sobre los Estados-nación resultan inmorales para Rodrik, a lo que ha dedicado innumerables críticas que podrían alargarnos indefinidamente. Por esta razón, sólo añadiremos algún matiz más sobre su libro. La razón por la que él emplea el término *hiperglobalización* es porque él considera que hay una fase de globalización previa auspiciada por el sistema de Bretton Woods y que ha sido arrollada por una fase de *hiperglobalización* que ha traído las consecuencias tan negativas sobre las que debatimos actualmente. De esta manera, Rodrik propone una serie de reformas que reestablecerían los principios básicos que caracterizaban el sistema de Bretton Woods y que devolverían la soberanía nacional y económica a los Estados-nación.

“Este desequilibrio entre el alcance nacional de los gobiernos y la naturaleza global de los mercados constituyen el talón de Aquiles de la globalización, máxime cuando ésta se ha convertido en un fin en sí mismo, y no un medio para alcanzar mejores cotas de bienestar” (Sabater, 2020, pp. 1-2).

Finalmente, en cuanto al impacto de la globalización en la cultural nacional, Held y McGrew destacan que para los escépticos, el sistema del Estado-nación no habría retrocedido y seguiría siendo la fuerza formidable que siempre fue: “dado que las culturas nacionales se han preocupado centralmente por consolidar las relaciones entre la identidad política, la autodeterminación y los poderes del Estado, son, y seguirán siendo, sugieren los escépticos, fuentes formidablemente importantes de dirección ética y política” (Held & McGrew, 2003, pág. 16). Contrariamente a esta visión, los radicales revelan la clara erosión de la cultural nacional. Para ellos el devenir del Estado-nación no está tan claro, puesto que consideran que sus cimientos no son tan sólidos como se cree. Para ello se apoyan en el hecho de que las identidades culturales y nacionales no dejan de ser ficciones que han sido promovidas por aparatos estatales, y pueden desvanecerse tan rápido como aparecieron. “El nacionalismo puede haber sido funcional, tal vez incluso esencial, para la consolidación y el desarrollo del Estado moderno, pero hoy está en desacuerdo con un mundo en el que las fuerzas económicas, sociales y muchas fuerzas políticas escapan a la jurisdicción del Estado-nación” (Held & McGrew, 2000, p. 17).

3. El enfrentamiento entre la pulsión local y global

Como hemos observado, frente al proceso de globalización hay un grupo de escépticos que consideran la globalización un mito al que no se le puede atribuir los efectos que los radicales reclaman. Esta pulsión entre dos grupos se ha trasladado también a la reacción que han mostrado las sociedades políticas frente a la globalización. ¿De qué efectos estaríamos hablando? Pues bien, la globalización ha desencadenado dos movimientos opuestos, por un lado, el auge de los nacionalismos separatistas e independentistas y por otro la formación de una cultura global, un sentimiento de pertenencia global canalizado en una ideología cosmopolita.

Siguiendo esta última pulsión hacia una cultura global, Bauman destaca que la globalizando habría sido potencialmente diseñada o promovida por una élite económica y política que apoya las medidas de liberalización de los mercados y las instituciones con una vocación o propósito global. Así, a los factores estructurales que sostienen la globalización, como las dimensiones que exponía Giddens, se le unirían las iniciativas de agentes sociales individuales que impulsan una mayor integración global.

“Observemos que, aparentemente por esta razón, la "realidad de la frontera" era, en general, un fenómeno estratificado por clase social: en el pasado, como hoy, las elites adineradas y poderosas siempre demostraron inclinaciones más cosmopolitas que el resto de la población de las tierras que habitaban; en todo momento tendieron a crear una cultura desdeñosa de las fronteras que eran tan importantes para las castas inferiores; tenían más afinidad con las elites fuera de sus fronteras, que con el resto de la población dentro de ellas” (Bauman, 2017, p. 21).

Así, estos grupos y personas con una mayor inclinación hacia el cosmopolitismo formarían parte de una pulsión o dinámica integradora (Ghalioun, 1998) que ha desarrollado una conciencia o noción general de que existen problemas que requieren una atención global, superiores a las acciones individuales de los Estados-nación, en campos como la economía, la seguridad, la ecología o los derechos humanos. Dicha conciencia ha fomentado la aparición de una cultura global, apoyada en la idea de McLuhan de la *aldea global*.

Giddens es favorable a esta idea, y considera que “lo que nos une globalmente es un sentimiento común de riesgo ante la posibilidad y la probabilidad de catástrofes ecológicas. La percepción generalizada de que “Chernóbil está en todas partes” pondría de manifiesto que no existen “otros”, sino sólo un “nosotros” en relación con los riesgos ecológicos” (Giménez, 2000, p. 30).

No obstante, frente a la dinámica integradora y cosmopolita que empuja hacia la homogeneización cultural y la superación de los particularismos, se encuentra una dinámica contraria *localizada*, que habría reaccionado frente a la globalización ansiando una afinidad o identificación más local, basada en relaciones de cercanía que se opondrían a la dinámica integradora global (Ghalioun, 1998).

No resulta sorprendente que un mismo fenómeno pueda causar dos movimientos antagónicos, tal como Bauman expone: “la globalización divide en la misma medida que une: las causas de la división son las mismas que promueven la uniformidad del globo. Juntamente con las dimensiones planetarias emergentes de los negocios, las finanzas, el comercio y el flujo de información, se pone en marcha un proceso "localizador", de fijación del espacio” (Bauman, 2017, p. 8). En otras palabras: “el proceso de globalización ha generado, por un lado, nuevas

identidades como resultado de la apertura de fronteras y por otro, la reivindicación de lo propio, por parte de ciertos grupos que se resisten a abandonar su cultura. Los Estados-nación enfrentan un gran desafío: la búsqueda de mecanismos a través de los cuales puedan convivir con esquemas simbólico-culturales diferentes y hasta contradictorios” (Oliva, 2010, p. 230).

Giddens expone a su vez el papel de la globalización en la emergencia de identidades más localizadas así: “la globalización es la razón del resurgimiento de identidades culturales locales en diferentes partes del mundo. Si uno se pregunta, por ejemplo, por qué los escoceses quieren más autonomía en el Reino Unido, o por qué hay un fuerte movimiento separatista en Quebec, la respuesta no se va a encontrar sólo en su historia cultural. Los nacionalismos locales brotan como respuesta a tendencias globalizadoras, a medida que el peso de los Estados-nación más antiguos disminuye. La globalización también presiona lateralmente. Crea nuevas zonas económicas y culturales dentro y a través de países. Ejemplos son Hong Kong, el norte de Italia y Silicon Valley, en California. O la región de Barcelona. El área que rodea Barcelona en el norte de España se adentra en Francia. Cataluña, donde está Barcelona, está sólidamente integrada en la Unión Europea. Es parte de España, pero también mira hacia fuera” (Giddens, 2000a, p. 9).

Sin embargo, el economista Amartya Sen¹⁴ considera que sería un error pensar que nos encontramos ante una dicotomía identitaria. Es decir, el sentido de pertenencia local y global no es excluyente, las identidades no son únicas y puedes coexistir múltiples identidades al mismo tiempo. “Si una persona sólo puede tener una identidad, la elección entre lo nacional y lo global se torna una cuestión de “o todo o nada”. Y lo mismo sucede con la oposición entre un posible sentido global de pertenencia y las lealtades locales que también pueden movilizarnos. Sin embargo, considerar el problema en estos términos absolutos y excluyentes es el reflejo de un profundo malentendido acerca de la naturaleza de la identidad humana, y en particular de su inevitable pluralidad” (Sen, 2007, p. 241).

En la misma línea que Amartya Sen, con una aproximación diferente, los profesores Miquel Rodrigo Alsina y Pilar Medina Bravo, argumentan que “esta crisis no hay que entenderla, actualmente, tanto como el declive de la identidad nacional, sino más bien como la aparición de nuevas alternativas, superando una situación identitaria unidimensional fruto de la modernidad” (Alsina & Bravo, 2006, p. 143).

Finalmente, y a modo de resumen, el psicoanalista italiano, Emilio Mordini, sintetiza la situación actual de la siguiente manera: “hoy en día la historia presenta el paradójico panorama de una globalización que, por una parte, tiende a borrar diversos tipos de fronteras entre los pueblos, estimula o provoca migraciones masivas y mezclas de tradiciones y culturas y parece proyectar en el futuro la existencia de una sociedad planetaria mientras, por la otra, pululan los particularismos, los secesionismos, los conflictos tribales sangrientos y las intolerancias étnicas, raciales y religiosas. Por lo general, el resultado de estas dos dinámicas opuestas es una creciente pérdida de identidad, es decir, de esa comunidad de raíces que proporcionan al ser humano una base agregada de referencia que le permiten ser él mismo y, al mismo tiempo, sentirse existencialmente parecido a otros seres humanos con quienes puede compartir la

¹⁴ Amartya Sen es un economista indio, Premio Nobel en economía en 1998, quien escribió un libro llamado: *Identidad y violencia*, en parte por su propia condición identitaria, para difundir los peligros de la idea de identidad única .

pertenencia a un patrimonio común de valores, costumbres, ideales y compromisos” (Mordini, 2006, p. 5). Esto es lo que Giddens denomina: un mundo sin *otredades*.

VIII. Fragmentación nacional: las raíces de la crisis identitaria en la erosión del Estado-nación

1. La Crisis del Estado-Nación

La crisis de identidad nacional es multicausal. En primer lugar, la propia modernidad que produjo el marco apropiado para el nacimiento de la identidad nacional habría fracasado. Peter L. Berger y Thomas Luckmann¹⁵ argumentan que “no es que la modernidad esté en crisis, sino que la modernidad es la causa de la crisis de sentido del mundo actual” (Alsina & Bravo, 2006, p. 140).

En segundo lugar, la globalización habría erosionado la robustez del Estado-nación, provocando una crisis de pertenencia y desorientación, debido a la desaparición de las “estructuras de valores que por mucho tiempo constituyeron una referencia común implícita para la civilización” (Mordini, 2006, p. 2), especialmente la occidental.

En tercer lugar, la pérdida de identidad a causa de los efectos de la globalización y el nuevo marco posmoderno habría empujado a parte de la sociedad civil a una búsqueda activa de una nueva identidad más localizada, como ya hemos visto. “Las identidades culturales y regionales subnacionales tienen prioridad sobre las identidades nacionales más amplias. Las personas se identifican con otras que son más parecidas a ellas y con las cuales comparten una etnia común percibida, religión, tradiciones y mito de ascendencia e historia común” (Huntington, 2017, p. 44).

En definitiva, hemos ido revisando cada una de estas causas, desde el origen de la modernidad y su impronta en la identidad nacional, hasta el impacto del proceso de globalización en la misma. Además, en este último apartado, hemos indicado que la causa de la crisis de identidad nacional revelada por el proceso globalizador se debe más bien a la crisis del Estado-nación. Pero; ¿por qué la crisis del Estado-nación supone la fragmentación de la identidad nacional?

Si nos apoyamos en los aspectos ya explicados, la identidad nacional no es inherente a las comunidades ni a los pueblos; como algunos autores nacionalistas sí que han defendido. Al contrario, la identidad nacional es construida *a posteriori*, por lo que no precede al Estado, y se ve directamente afectada por el debilitamiento de este; ya sea por la pujanza hacia un sistema de gobernanza local o por el giro de las élites políticas y económicas hacia la identidad global y cosmopolita, en lugar de la nacional. “Las fronteras no se trazan para aislar y proteger identidades ya existentes. Como explicó el gran antropólogo noruego Frederick Barth, es exactamente al revés: las identidades «comunales», aparentemente compartidas, son subproductos de un febril trazado de fronteras. No es hasta después de que los puestos fronterizos se han atrincherado cuando se tejen los mitos de su antigüedad y se tapan cuidadosamente los recientes orígenes político-culturales de la identidad con los relatos de su génesis. Esta estratagema trata de desmentir el hecho de que lo que no señala la idea de

¹⁵ Peter L. Berger y Thomas Luckmann son dos sociólogos autores del libro: *La construcción social de la realidad*, uno de los libros más influyentes en su campo, la sociología y psicología social contemporánea.

identidad es «un núcleo estable del yo, que se despliega del principio al fin a través de todas las vicisitudes de la historia sin cambios» (Bauman, 2001, p. 174).

Muchos son los autores que llevan augurando la muerte del Estado-nación desde hace décadas. Stanley Hoffmann, conocido politólogo, escribió ya en 1966 acerca de la decadencia del Estado-nación al ver el camino que seguía la Comunidad Económica Europea, prediciendo que las entidades supranacionales cobrarían gran importancia en el futuro. Por otro lado, el economista Raymond Vernon, veía en las multinacionales más que en las entidades supranacionales el fin del Estado-nación, ya en 1971 (Rodrik, 2013).

En este punto, tiene sentido plantearse cuál es el futuro del Estado-nación, ya que parece evidente la relación directa entre la supervivencia del Estado-nación y la de las identidades nacionales. Así, Giddens se pregunta: “¿son los Estados-nación, y por ende los líderes políticos nacionales, todavía poderosos o son cada vez más irrelevantes para las fuerzas que modelan el mundo? Los Estados-nación son, desde luego, aún poderosos, y los líderes políticos tienen un gran papel que jugar en el mundo. Pero al mismo tiempo el Estado-nación se está transformando ante nuestros ojos. La política económica nacional no puede ser eficaz como antes. Más importante es que las naciones han de repensar sus identidades ahora que las formas más antiguas de geopolítica se vuelven obsoletas” (Giddens, 2000a, pp. 10-11).

La crisis del Estado-nación se traduce por tanto en una crisis de sus instituciones, en una pérdida de soberanía y en una fragmentación social. La pulsión entre lo global y lo local se vuelve una causa de fragmentación interna. En este punto, diversas regiones o comunidades locales se vuelven en contra de su Estado al sentirse indefensos y menospreciados. Consecuentemente, este proceso de resentimiento ha conllevado un aumento de los regionalismos y los nacionalismos en muchas partes del globo.

Por su parte, Hobsbawm considera que el auge de los movimientos separatistas o secesionistas se puede entender mejor como producto del sentimiento de una minoría étnica, lingüística o religiosa de un país que no quiere someterse a la identidad nacional dominante. No obstante, la solución de *balcanización* o *libanización* de los Estados multiétnicos tampoco parece ser la mejor ni la más atractiva. “Es casi seguro que la libertad cultural y el pluralismo gozan de mejor protección en los grandes Estados que se saben plurinacionales y pluriculturales que en los Estados pequeños que van tras el ideal de la homogeneidad étnico-lingüística y cultural” (Hobsbawm, 2022, p. 297). Además, como bien señala: “una versión moderna del mundo anterior al siglo XIX, un mundo de apegos locales sin prejuicios es atractiva, pero no parece ser esta la dirección hacia la que apuntan los actuales desconstructores de Estados-nación ... Todos ellos apuntan hacia unos Estados que no se basan en países pequeños tolerantes y bastante abiertos, sino en el criterio restringido de que lo que debería mantener unidas a las personas es la uniformidad étnica, religiosa o lingüística” (Hobsbawm, 2022, p. 297). A pesar del aparente resurgimiento del nacionalismo, en forma de movimientos secesionistas e independentistas, Hobsbawm considera que esta fuerza, si bien resulta ineludible, ha dejado tener el ímpetu histórico que una vez llegó a tener.

Por otro lado, otra de las razones que explican la crisis del Estado-nación es la crisis de la conciencia nacional que, según Hobsbawm, se encuentra situada “en alguna parte del cuadrilátero que forman los puntos pueblo-Estado-nación-gobierno” (Hobsbawm, 2022, p. 301). Este equilibrio estaría en quiebra, especialmente en los Estados-nación históricos, concentrados en Europa.

Finalmente, otro elemento importante a considerar en la crisis del Estado-nación es la economía. No sólo los efectos que la economía global ha tenido sobre la soberanía económica de los Estados-nación, sino las repercusiones directas que esta ha tenido sobre la seguridad que el Estado otorgaba a sus ciudadanos, y que se ha ido diluyendo paulatinamente. Según la consultora global *McKinsey Global Institute*, la tendencia que se estaba viviendo desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta comienzos del siglo que mostraba las condiciones materiales de los hijos superaban generalmente las de sus padres, podría haber llegado a su fin, por lo que los hijos ya no pueden esperar vivir necesariamente mejor que sus padres.

Los cambios en la demografía, la transformación en la composición de las familias, la disminución en la natalidad y el incremento en la edad promedio de la población, han reducido el tamaño promedio de los hogares y la cantidad de individuos en edad laboral de cada uno. Paralelamente, las transformaciones en el ámbito laboral, impulsadas por la innovación tecnológica, la globalización de los empleos de calificaciones bajas y medias, y un aumento en los trabajos temporales y a tiempo parcial, han causado una baja en la proporción de los salarios dentro del ingreso nacional y han agravado la desigualdad en la distribución del ingreso entre los hogares. Estas tendencias no mostrarán una inversión a corto plazo; de hecho, es probable que algunas se intensifiquen. Un estudio de *McKinsey* revela la influencia de estos factores a largo plazo en la erosión de los ingresos de la mayoría de los hogares, revelando que los ingresos reales de mercado para la mayoría de estos se estabilizaron o disminuyeron, a pesar de que el crecimiento económico global continuó siendo positivo durante el período 2005-2014 (Tyson & Madgavkar, 2016).

A todo esto, se suma que existen muchos indicadores que muestran un alto crecimiento de la desigualdad global e interna; es decir, la desigualdad entre naciones y la desigualdad dentro de cada una de ellas. Por ejemplo, según el índice de Gini¹⁶ desde 1980, cuando la globalización económica comenzó a progresar a pasos agigantados, la concentración de la riqueza nacional en EE. UU. ha ido en aumento, llegando a situarse siete puntos por encima en 2019 respecto de 1980¹⁷. Esto significa que cada vez un grupo menor de individuos alcanza una mayor proporción de la riqueza nacional, en una época donde el crecimiento económico y el buen desempeño de las multinacionales, no se corresponde con la vida cotidiana del grueso de la población,

Asimismo, estos últimos años, la pandemia ha dejado datos demoledores que no revierten esta tendencia. Al proceso inflacionario vivido en la mayoría de las economías desarrolladas tras la pandemia, se le suma que el Banco Mundial ha alertado de un aumento de la pobreza global tras 25 años en declive, que han categorizado como *a once-in-a-generation shock* (World Bank, 2022).

Por otro lado, Fukuyama destaca otros datos muy para tener en cuenta: “entre 2000 y 2016, la mitad de los estadounidenses no tuvieron ganancias en sus ingresos reales; la proporción de la producción nacional que se ubicaba en el 1 por ciento más alto pasó del 9% del PIB en 1974 al 25% en 2008” (Fukuyama, 2022, p. 23).

¹⁶ El índice de Gini muestra la distribución de los ingresos en un país, de tal manera que se observa el nivel de concentración de ingresos entre sus habitantes. Cuando el índice de Gini es mayor, un menor número de personas concentra una mayor parte de la riqueza nacional. En otras palabras, a mayor concentración, mayor desigualdad.

¹⁷ Datos extraídos del Banco Mundial.

En conclusión, la preeminencia del Estado-nación está siendo discutida, su declive y con él el de la identidad nacional no parece imposible, aunque dista de ser un asunto concluido. No obstante, como con cierta celebración señala Hobsbawm, “el hecho mismo de que los historiadores al menos están empezando a hacer algunos progresos en el estudio y el análisis de las naciones y el nacionalismo induce a pensar que, como ocurre con tanta frecuencia, el fenómeno ya ha dejado atrás su punto más alto. Dijo Hegel que la lechuza de Minerva que lleva la sabiduría levanta el vuelo en el crepúsculo. Es una buena señal que en estos momentos esté volando en círculos alrededor de las naciones y el nacionalismo.” (Hobsbawm, 2022, p. 307).

2. El fin de la preeminencia de la identidad nacional

La identidad nacional, que una vez fue el eje principal de identificación, “un vínculo de unidad, homogeneidad e identificación entre personas alejadas entre sí” (López J. d., 2004, p. 2), ha dejado de ser una referencia hegemónica e incuestionable, por lo que muchas comunidades o minorías que fueron sometidas bajo esa identidad nacional reclaman el reconocimiento de su “identidad original”. “Nuevos tipos de lealtad y asociación están desafiando el papel tradicional del Estado. Algunas son geográficas. Sólo en Europa, hay al menos 40 aspirantes a Escocia que buscan algún tipo de separación de los países en los que ahora se encuentran. Otras lealtades se basan en otras identidades afines, no sólo religiosas o étnicas, sino en intereses comerciales, políticos o de otro tipo compartidos. Hoy en día, somos muchos más los que apoyamos a las ONG que los miembros de los partidos políticos” (Brown, 2014).

Uno de los autores más preocupados por la crisis identitaria en su país es Samuel P. Huntington, el famoso politólogo que popularizó el término *choque de civilizaciones* y que en su libro *Who are we? The challenges to America's national identity*, se propone demostrar lo que él considera que es la crisis de identidad nacional estadounidense. Pues bien, nosotros vamos a emplear el marco y el caso concreto estadounidense que nos ofrece Huntington para ver cómo se está manifestando la crisis de identidad nacional.

Huntington defiende que la crisis de identidad nacional estadounidense lleva desarrollándose desde hace varias décadas, a medida que se han ido disipando el credo y la cultura americana, a causa del aumento masivo de la inmigración hispanohablante y la desnacionalización de las élites, entre otros aspectos. Este proceso tuvo una breve pausa tras los atentados del 11-S, cuando la identidad nacional estadounidense sufrió una fuerte revalorización, que Huntington evalúa según las banderas desplegadas y compradas. “Las banderas eran pruebas físicas del aumento repentino y considerable de la preeminencia de identidad nacional para los estadounidenses, comparado con sus otras identidades” (Huntington, 2017, p. 39).

Los atentados sobre las Torres Gemelas brindaron un dulce pero efímero momento de identificación nacional. No obstante, poco después, los mismos eventos que erosionaron la identidad nacional volvieron a resurgir y de nuevo las identidades raciales, étnicas o sexuales se situaron por encima de la nacional. “La globalización, el multiculturalismo, el cosmopolitismo, la inmigración, el subnacionalismo y el antinacionalismo han azotado la consciencia Estadounidense” (Huntington, 2017, pp. 39-40).

Entre las causas que han conducido a la crisis de identidad nacional, Huntington alude algunas como: “el surgimiento de una economía mundial, tremendas mejoras en las

comunicaciones y el transporte, los crecientes niveles de migración, la expansión mundial de la Democracia y el fin de tanto la Guerra Fría como el comunismo soviético como un sistema económico y político viable. La modernización, el desarrollo económico, la urbanización y la globalización han motivado a que los pueblos reconsideren sus identidades y redefinan las mismas en términos más estrechos, personales y comunales” (Huntington, 2017, p. 44).

A grandes rasgos, Huntington considera que el mayor desafío a la preeminencia de la identidad nacional estadounidense lo presentan las identidades nacionales, subnacionales y transnacionales; lo cual podemos apreciar a través de varios acontecimientos de los años noventa (Huntington, 2017, p. 40).

En primer lugar, en el caso de las *identidades nacionales*, Huntington expone como, en el caso particular de EE. UU., la llegada masiva de inmigrantes de habla hispana pone en tela de juicio la identidad estadounidense al desafiar la lengua y cultura anglosajona. Para demostrarlo, nos ilustra con el siguiente ejemplo: “en un juego de fútbol de la Copa Oro entre México y Estados Unidos en febrero de 1998, los 91.255 hinchas estaban inmersos en un «mar de banderas de rojo, blanco y verde»; abuchearon cuando se tocó el himno nacional de Estados Unidos; «acosaron» a los jugadores de EUA «con basura y vasos que podían tener agua, cerveza o peor» y atacaron con «frutas y vasos de cerveza» a algunos hinchas que intentaron alzar una bandera estadounidense. Este juego tuvo lugar no en la Ciudad de México sino en Los Ángeles, California” (Huntington, 2017, p. 40). Aquí, Huntington expone que, contrariamente al agradecimiento y sentido de pertenencia que caracterizó a las primeras oleadas de inmigrantes, cada vez es más común rechazar la integración en el nuevo país de acogida, reteniendo la cultura e identidad natal, causando una brecha entre los ciudadanos nativos y los inmigrantes.

En segundo lugar, las *identidades subnacionales* se refieren a aquellas afiliaciones más específicas hacia subgrupos dentro de la nación. En el caso particular de EE. UU., esto se refiere en gran medida la identidad racial, étnica, religiosa y cultural. En este caso, Huntington compara dos discursos: la inauguración presidencial de John F. Kennedy en 1961 y la del presidente Bill Clinton, tres décadas más tarde. En ambas ocasiones se recitó un poema, pero el contenido fue muy diferente. Mientras que en la inauguración presidencial de Kennedy se exaltó y elogió los “«hechos heroicos» de la fundación de Estados Unidos que con la «aprobación» de Dios había introducido «un nuevo orden de la historia»” (Huntington, 2017, p. 41), el poema enunciado por la poeta Maya Angelou en “la inauguración del presidente Bill Clinton expresó una imagen distinta de Estados Unidos. Sin mencionar las palabras «Estados Unidos de América» o «estadounidense», ella identificó a 27 grupos raciales, religiosos, tribales y étnicos —asiático, judío, musulmán, pawnee, hispano, esquimal, árabe, ashanti, entre otros— y denunció la represión inhumana que estos grupos sufrieron, como resultado de las «luchas armadas comerciales» de Estados Unidos y la «herida sangrienta» del «cinismo». Estados Unidos, ella dijo, puede estar «siempre casado con el miedo, acoyuntado eternamente a la brutalidad»” (Huntington, 2017, p. 41). Ya en 1993, podíamos ver cómo la identidad nacional no constituía ya la identificación principal para algunos colectivos, pasando a primer plano otras afiliaciones a subgrupos más localizados.

En último lugar, las *identidades transnacionales* son aquellas afiliaciones cuyas identificaciones son globales. En este caso, Huntington arremete directamente contra el papel desempeñado por intelectuales y eruditos prominentes que “atacaron el nacionalismo, advirtieron de los peligros de inculcar el orgullo y compromiso nacional a Estados Unidos en los estudiantes y sostuvieron que una identidad nacional era indeseable. Declaraciones de este

tipo indicaron el grado al cual algunas personas de los grupos élites, empresariales, financieras, intelectuales, profesionales y aun gubernamentales, llegaban a desnacionalizarse y desarrollaban identidades transnacionales y cosmopolitas que reemplazaban sus identidades nacionales. Esto no fue el caso con el público estadounidense y, consecuentemente, abrió una brecha entre la primacía de identidad nacional para la mayoría de los estadounidenses y el crecimiento de las identidades transnacionales entre los que controlan el poder, la riqueza y los conocimientos en la sociedad estadounidense” (Huntington, 2017, p. 41).

Consecuentemente, Huntington compara el papel que desempeñaron estas élites nacionales en el periodo de la fundación de las naciones, durante el siglo XIX y principios del XX, con el papel que llevan desempeñando desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Durante el siglo XIX y gran parte del XX, “el nacionalismo era promovido intensamente por las élites intelectuales, políticas y, de vez en cuando, económicas. Estas élites hicieron llamamientos sofisticados y emocionalmente cargados para generar un sentido de identidad nacional entre aquellos que se consideraban compatriotas y aunarlos por las causas nacionalistas. Por otra parte, en las últimas décadas del siglo XX, se presenció una creciente desnacionalización de las élites de muchos países, así como en Estados Unidos. El auge de una economía mundial y las corporaciones globales más la capacidad de formar coaliciones transnacionales para promover reformas en una escala mundial (derechos de la mujer, el medioambiente, minas terrestres, derechos humanos, armas de pequeño calibre) obligó a muchas élites a desarrollar identidades supranacionales y reducir sus identidades nacionales” (Huntington, 2017, p. 45).

En conclusión, Huntington argumenta que la coexistencia de estas diferentes identidades puede generar tensiones y desafíos para la cohesión nacional, especialmente cuando las identidades subnacionales y transnacionales entran en conflicto con la identidad nacional dominante. Por el caso estadounidense expuesto, podemos apreciar la realidad imperante en la mayoría de los Estados occidentales, aunque no hemos de entender el fenómeno de la crisis de identidad como exclusivo del mundo occidental. En efecto, aunque siempre hablemos de la perspectiva occidental, la crisis del Estado-nación es común a casi todos los países del globo, pues los efectos de la globalización no conocen límites. De ahí que Huntington ofrezca una retahíla de ejemplos que nos hacen ver que hablamos de un fenómeno global y no local, que afecta ecuánimemente a todas las regiones del globo. En el libro, Huntington enuncia a diversos países, tales como: Japón, Rusia, Turquía, Argelia, Alemania y México, entre muchos otros, con el fin de exponer la lógica detrás de este fenómeno, y es que: “las crisis de identidad nacional se han convertido en un fenómeno mundial. Las crisis de identidad de estos países y otros varían en su forma, esencia e intensidad. Sin duda alguna, cada crisis, en gran parte, tiene sus causas particulares. Sin embargo, el surgimiento simultáneo en Estados Unidos y tantos otros países sugiere que factores comunes probablemente están en juego también.” (Huntington, 2017, p. 44).

IX. Las luchas por el reconocimiento. Las políticas de identidad

1. Una aproximación a las políticas de identidad

En paralelo al “descubrimiento” de nuevas identidades, viene aparejada la lucha por el reconocimiento de estas. Si bien Huntington hablaba de acontecimientos ocurridos en la década

de los noventa, la reivindicación por identidades subnacionales como la identidad racial, étnica, de género o sexual, comenzó mucho antes, alrededor de los años sesenta y setenta del siglo XX.

Ambas décadas se caracterizaron por la movilización social masiva, tanto en Estados Unidos como en Europa, que reclamaba derechos y libertades muy diversos y plurales, tales como los derechos civiles, los de las mujeres feministas, los estudiantiles, los de los homosexuales, etc. En estas décadas ocurrieron varios acontecimientos clave en las sociedades industriales occidentales, como fue Mayo del 68 en Francia, el movimiento contra la guerra de Vietnam en EE. UU. o la segunda ola feminista, que marcan claramente un antes y un después en la política occidental.

Según Hobsbawm, la aparición de estos movimientos sociales junto con las políticas de identidad es la “consecuencia de las profundas y extraordinariamente rápidas convulsiones y transformaciones que ha experimentado la sociedad humana en el tercer cuarto de este siglo” (Hobsbawm, 1996, p. 116). Es decir, todos aquellos cambios estructurales, tanto culturales, como políticos y económicos que hemos analizado hasta ahora, serían la causa directa de la aparición de las políticas de la identidad.

Por su parte, el politólogo alemán Yascha Mounk, contempla estas transformaciones dentro del nuevo paradigma posmoderno, en contraposición a una corriente popular que considera las políticas de identidad como una extensión del marxismo cultural. Su visión podría coincidir con la aportada por Žižek, el cual considera a su vez que las políticas de identidad se han producido como consecuencia del posmodernismo, el cual ha mistificado la lucha por el universalismo en la lucha por identidades particulares. Así, para Žižek las políticas de identidad estarían relacionadas con la crisis del universalismo, un aspecto derivado de la crisis de la modernidad.

Por otro lado, Fukuyama considera que todas estas transformaciones y políticas por el reconocimiento han sido posibles gracias al triunfo del Estado terapéutico, como él ha acuñado. Este triunfo se refiere a que, en la sociedad actual, la autorrealización individual se ha convertido en una necesidad prioritaria superior a la de la sociedad en general y, en consecuencia, el Estado se ha involucrado en el reconocimiento expreso de la identidad y la dignidad de cada uno. El triunfo del modelo terapéutico permitió que el Estado se involucrase paternalistamente en la autopercepción y bienestar de los individuos, pero su auge supuso también un obstáculo para las políticas de identidad, ya que tendía a centrarse más en los problemas psicológicos del individuo que en las grietas sistémicas de la sociedad, a las que atendían las políticas del reconocimiento.

En conclusión, atendiendo a la definición de las políticas de identidad, se podrían definir como: “aquellos proyectos de reivindicación política y social basados en la proyección de un autoconcepto o una autorrepresentación simbólica denominada “identidad” que se basa en las experiencias colectivas del grupo social que se aglomera en torno a una característica física o psicológica, por ejemplo, el color de la piel o la orientación sexual” (Adán, 2021, p. 10).

2. Crítica a las políticas de identidad

Inicialmente, las políticas de identidad se correspondían con la lucha para “reparar grandes errores históricos, primero desde la movilización y, después, por medio de las instituciones para asegurar sus derechos” (Lilla, 2018, p. 19). Como tal, la izquierda política estaba ampliamente organizada a favor de estos movimientos, los cuáles se enmarcaba en una

gran causa universal, ya fuera el socialismo, el comunismo o la democracia, que mantenía unidas todas esas luchas individuales. De tal manera que, en el caso concreto del Reino Unido, “nuestro propio Partido Laborista, en sus mejores tiempos, era a la vez el partido de una clase y, entre otras cosas, el de las nacionalidades minoritarias y las comunidades inmigrantes de britanos continentales. Era todas estas cosas porque se trataba de un partido de igualdad y justicia social” (Hobsbawm, 1996, p. 119).

No obstante, las políticas de la identidad han ido evolucionando hasta tal punto que “la identidad comienza así a definirse desde abstracciones teóricas y no desde injustas realidades materiales e históricas que la han conformado” (Haider, 2020, p. 12). Siguiendo con el caso inglés, Hobsbawm explica que, a partir de la década de los setenta, el “grupo de presión o movimiento sectorial de los trabajadores industriales perdió la capacidad tanto de ser el centro potencial de una movilización general y popular, como de suponer una esperanza general de futuro. Es más, esta política de la identidad proletaria no sólo aisló a la clase trabajadora, sino que la dividió, enfrentando a grupos de trabajadores entre sí” (Hobsbawm, 1996, p. 120).

Por su parte, Fukuyama afirma que la “generación de 1968 de la izquierda ya no se centraba en la lucha de clases, sino en el apoyo a los derechos de una amplia gama de grupos marginados. Estos movimientos sociales surgieron como lo hicieron debido a la aspiración de las democracias liberales a reconocer por igual la dignidad de todos los ciudadanos” (Fukuyama, 2022, p. 121)

El hecho de que la izquierda haya adoptado la lucha identitaria y el reconocimiento de la identidad de las minorías, por mucho que pueda tener sentido por su defensa de los colectivos oprimidos, iría en contra de su proyecto y objetivo principal que es la persecución de la igualdad y la justicia social para *todo el mundo*. Las luchas identitarias son excluyentes: “el proyecto político de la izquierda es universalista: se dirige a todos los seres humanos. Como quiera que interpretemos las palabras, no se trata de libertad para los accionistas o para los negros, sino para todo el mundo. No se trata de igualdad para los miembros del Club Garrick o para los discapacitados, sino para cualquiera. No se trata de fraternidad únicamente para los ex alumnos del Eton College o para los gays, sino para todos los seres humanos. Y, básicamente, la política de la identidad no se dirige a todo el mundo sino sólo a los miembros de un grupo específico. Algo perfectamente evidente en el caso de los movimientos étnicos o nacionalistas” (Hobsbawm, 1996, p. 120).

Tal y como explica Fukuyama, “la izquierda ha alterado su política en comparación con el planteamiento que acogía durante el siglo XX. En lugar de organizarse en torno a los problemas de la clase trabajadora y presentarse como el grupo político que demandaba mayor igualdad frente a la defensa de libertad por la derecha, hoy en día se concentra menos en la igualdad económica y más en promover los intereses de una amplia variedad de grupos percibidos como marginados: negros, mujeres, hispanos, la comunidad LGTB, refugiados y otros. Mientras tanto, el cupo dejado por la izquierda de los trabajadores blancos ha sido aprovechado por una derecha tradicional que busca proteger la identidad nacional” (Fukuyama, 2022, pp. 22-23).

En lugar de continuar defendiendo la lucha de clases para derribar las injusticias sociales y económicas, tales como la desigualdad o la injusta redistribución económica, la izquierda ha adoptado un giro hacia lo cultural: “lo que había que derribar no era un orden político que explotaba a la clase trabajadora, sino a la hegemonía de la cultura y los valores occidentales, que reprimían a las minorías en el propio país y en los países en desarrollo. Ahora

la cultura occidental sería inseparable del colonialismo, el patriarcado y la destrucción del medio ambiente” (Fukuyama, 2022, pp. 128).

De pronto, la atención y el foco se encuentra en la cultura y la identidad, no en los problemas económicos de fondo que al fin y al cabo son la clave para entender muchas de estas reivindicaciones. Esto significaba también que los problemas sufridos por colectivos o grupos no minoritarios, como puede ser el creciente desempleo y aislamiento de los trabajadores blancos de las ciudades desindustrializadas en EE.UU., no son lo suficientemente atendidos por la vieja izquierda, y pasan a ser objeto de interés de la derecha nacionalista: “la política de la identidad de la izquierda tendía a legitimar sólo ciertas identidades a la vez que ignoraba o denigraba otras, como la etnia europea (es decir, la blanca), la religiosidad cristiana, la residencia rural, la creencia en los valores familiares tradicionales y otros asuntos relacionados” (Fukuyama, 2022, pp. 135).

Asimismo, la política centrada en la identidad o la preeminencia de las políticas de la identidad suscitan otro problema, y es que ponen en peligro la libertad de expresión y el discurso racional, tan necesario para el correcto funcionamiento de la democracia. Mark Lilla expone humorísticamente así este problema: “la paradoja del liberalismo de la identidad es que paraliza la capacidad de pensar y de actuar de una manera que lograría en verdad lo que dice desear. Le fascinan los símbolos: alcanzar una diversidad superficial en las organizaciones, volver a contar la historia para centrarse en grupos marginales y, a menudo, minúsculos, fabricar eufemismos inofensivos para describir la realidad social, proteger los oídos y los ojos de los jóvenes ya acostumbrados a películas violentas de cualquier encuentro con puntos de vista alternativos” (Lilla, 2018, pp. 24).

Otra crítica destacable respecto a las políticas de identidad es la que se refiera al concepto de interseccionalidad. Como hemos explicado antes, corremos el riesgo de malinterpretar la identidad como una circunstancia excluyente y única. En este sentido, las políticas de identidad al centrarse en un único grupo minoritario pueden ocultar o excluir a algunas voces, al mismo tiempo que ignoran la complejidad de las identidades.

La interseccionalidad aborda esta limitación al reconocer que las identidades están entrelazadas y que la experiencia de la opresión no se puede entender completamente sin considerar múltiples factores como es el género, la clase, la raza o la sexualidad, entre otros. Esto es crucial para evitar la exclusión de las voces y experiencias de quienes no se ajustan a la narrativa dominante dentro de un grupo.

El ejemplo histórico del feminismo en Estados Unidos ilustra cómo las narrativas dominantes pueden eclipsar las experiencias y contribuciones de grupos marginados dentro de un movimiento más amplio, lo que indica la importancia de reconocer y valorar la diversidad dentro de los movimientos sociales y evitar la imposición de una única perspectiva sobre la identidad de un grupo concreto. Resulta, cuanto menos ridículo, que un movimiento que busca luchar por el reconocimiento de la dignidad y la identidad de grupos minoritarios, acabe imponiendo a su vez una corriente y una disciplina dominante, ocultando así situaciones más complejas o divergentes.

Finalmente, queda resaltar que las políticas de identidad, no obstante, son una evolución natural de la crisis de identidad nacional. Algunos colectivos, al sentirse desprotegidos y faltos de sentido y orientación buscan rellenar esa vacuidad con nuevas ficciones, nuevas identidades que cubran ese sentido perdido. Las políticas de identidad no han de tratarse, por tanto, como

causa de la desafección ciudadana hacia la identidad nacional, sino como la consecuencia de la crisis de esta. Solo así podremos atender a los problemas de fondo que impulsaron a estos colectivos a ampararse en dichas políticas.

X. Conclusiones

Creemos que, a lo largo de este trabajo, ha quedado claramente demostrada la importancia crucial de la identidad nacional en la configuración del Orden Mundial moderno e incluso en nuestras decisiones y comportamientos cotidianos. La identidad nacional se sitúa en el epicentro de las principales fuerzas que estructuran la comunidad internacional, ya que converge con el nacionalismo y la globalización; dos de los elementos más determinantes y significativos de nuestra era. Por tanto, resulta evidente que la crisis de identidad nacional representa un gran desafío, con el potencial de alterar profundamente el orden internacional y las reglas del juego de las relaciones internacionales.

A modo de resumen, la crisis de identidad nacional emerge de dos factores principales: la crisis de la modernidad y la crisis del Estado-nación. La primera surgió del desencanto con el proyecto moderno, exacerbado por las devastaciones de las dos guerras mundiales y las transformaciones en las estructuras políticas y sociales de la posguerra, junto con el auge de los medios de comunicación y la política de masas. Este proceso condujo a una crisis de valores y creencias, así como a un malestar general frente a estos cambios históricos, dando paso a la posmodernidad. La posmodernidad, caracterizada por el cuestionamiento de los grandes relatos, las ideologías, la lucha de clases y la autoridad, ha generado una sociedad líquida, en términos de Bauman, marcada por cambios vertiginosos y la incertidumbre, donde los lazos y valores sólidos han sido sustituidos por nexos frágiles y efímeros.

Por otro lado, la globalización ha intensificado la percepción de pérdida de soberanía económica y política en los Estados-nación, exacerbada por la emergencia de nuevas identidades transnacionales y subnacionales. Fenómenos como las migraciones globales y la hiperconectividad han socavado aún más la robustez del Estado-nación, fomentando movimientos etno-nacionalistas y antiglobalización. Asimismo, la formación de una cultura global homogénea ha sido objeto de rechazo, vista en parte como una amenaza a las identidades culturales nacionales.

Estos desafíos son especialmente palpables en los Estados-nación históricos de Occidente. La erosión del Estado-nación y la fragmentación de la identidad nacional se manifiestan en el auge de las políticas de identidad, especialmente en la izquierda política de países como Estados Unidos, donde los movimientos de lucha de clases han sido sustituidos por la defensa de las minorías étnicas y raciales. Autores como Francis Fukuyama, Mark Lilla y Yascha Mounk critican esta transición, argumentando que el enfoque en particularismos identitarios ha desplazado la atención de la lucha de clases y los problemas subyacentes de desigualdad socioeconómica.

Entonces, ¿qué futuro le espera a la identidad nacional? La supervivencia de la identidad nacional está intrínsecamente ligada a la del Estado-nación, entidades que surgieron con la modernidad y que no son inmutables ni eternas. Frente a nosotros se presentan múltiples escenarios posibles.

En primer lugar, el contexto global actual se caracteriza por una creciente incertidumbre e inestabilidad. Los múltiples conflictos en curso y los que podrían ocurrir en el futuro afectan las proyecciones de integración y convergencia global. Algunos autores creen que el proceso de globalización podría estar frenándose, dando paso a una regionalización y reordenación del comercio y la industria por bloques. Algunos Estados ya han comenzado a elaborar planes de relocalización industrial y de autonomía estratégica y energética para reducir su dependencia del exterior, socavando así el propósito de un mundo globalizado. Asimismo, la desilusión hacia el orden internacional liberal de posguerra está fomentando un resurgimiento nacionalista, a menudo con un fuerte componente étnico.

Teniendo esto en cuenta, un escenario posible es la regresión de la globalización, con la adopción de políticas proteccionistas y neomercantilistas. Este "nacionalismo económico" vendría como respuesta del auge de movimientos nacionalistas y populistas en defensa de la identidad cultural nacional, lo que podría llevar a un mantenimiento del statu quo actual, donde en algunos Estados la identidad nacional coexistiría con identidades subnacionales en armonía, mientras que en otros, el resurgimiento nacionalista podría provocar medidas de represión y persecución hacia otras identidades, como en el caso de regímenes más autocráticos o iliberales.

Ante esta situación, las minorías étnicas, religiosas, raciales o sexuales podrían sufrir una discriminación o marginación, experimentando un claro retroceso en el respeto por sus derechos y libertades. Por otro lado, en el peor de los casos, podrán sufrir una violenta e indiscriminada persecución por su desafío a la homogeneidad nacional de acuerdo con los estándares estatales. Si bien esta situación podría resultar distópica, noticias como la persecución de los uigures en China o la exclusión y marginación de los musulmanes en el norte de la India resultan muy alarmantes, y no se trata de casos aislados precisamente.

Por otro lado, tal y como hemos analizado en el trabajo, a medida que la pulsión hacia las raíces locales y étnicas se extiende, también lo hace el globalismo y cosmopolitismo. Este escenario contemplaría una agudización de la crisis del Estado-nación a favor de una mayor integración en bloques regionales y en última instancia, y en el mejor de los casos, en un sistema de gobernanza mundial. De todos modos, ambos escenarios podrían coexistir perfectamente, tratándose de un pulso constante en el que el primer escenario podría triunfar en unos Estados y el segundo en otros. Esta visión concuerda con la experiencia que estamos viviendo en Europa actualmente, en la que ciertos Estados presionan hacia una mayor integración en la UE, con la cesión de más soberanía y competencias, así como la admisión de nuevos Estados miembros, mientras que otros abogan por un mantenimiento del statu quo, incidiendo en la Europa de las dos velocidades e incluso planteándose la salida, como fue el caso del Reino Unido.

Finalmente, un último escenario posible sería una transformación radical o parcial de los Estados-nación. Las estructuras sólidas y robustas establecidas por el Estado-nación parecen difícilmente abatibles sin la predisposición de la sociedad que los compone. Por ello, podría ser más plausible la modificación o transformación del Estado-nación a través de nuevos sistemas de gobernanza que su disolución completa. El auge de movimientos populistas neoliberales o libertarios como el de Javier Milei en Argentina podría suponer el inicio de una nueva ola de partidos minarquistas que introduzcan en el debate público la reducción de la intervención del Estado. Así, con la desaparición o reducción del tamaño del Estado, el modelo terapéutico enunciado por Fukuyama estaría amenazado, por lo que las políticas de identidad podrían sufrir una regresión. Esto nos llevaría o bien al auge de los particularismos identitarios por la

sensación de falta de reconocimiento e inclusión o, por el contrario, nos llevaría hacia una disminución de su presencia en el debate público y finalmente a su desaparición.

En definitiva, la identidad nacional y el Estado-nación se enfrentan a desafíos significativos en el contexto de la globalización y la posmodernidad. El futuro de la identidad nacional dependerá de cómo se manejen estos desafíos y de las adaptaciones que las sociedades y los gobiernos realicen en respuesta a un mundo en constante cambio.

Si atendemos a las lecciones mostradas por autores como Hobsbawm, Gellner o Anderson, la identidad nacional consiste en una construcción artificial y temporal para servir un propósito concreto, ajustada a unas características económicas, políticas y sociales. Si la historia nos conduce hacia cambios radicales en lo que a nuestro sistema económico, político o social se refiere, puede que los componentes que sustentan la identidad nacional se desarticulen. Asimismo, para muchos grupos, la identidad nacional supone un obstáculo para alcanzar un fin último. De esta manera, podemos deducir que la supervivencia del Estado-nación y de la identidad nacional dependerá de aquellos que detentan el poder en las próximas décadas; ellos decidirán si se debe proteger la identidad nacional o, por el contrario, dinamitarla.

Bibliografía

1. Libros

- Anderson, B. (2006). *Comunidades Imaginadas*. (E. L. Suárez, Trad.) México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. (M. Condor, Trad.) Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.).
- Bauman, Z. (2017). *La globalización*. Fondo de Cultura Económica de España.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. (B. M. Borrás, Trad.) Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
- Berlin, I. (2022). *Nacionalidad y nacionalismo*. (Á. Rivero, Trad.) Madrid: Alianza Editorial.
- Erikson, E. (2004). *Sociedad y adolescencia* (decimonovena ed.). México: Siglo XXI.
- Frisina, W. G. (2002). *The unity of knowledge and action*. SUNY Press.
- Fukuyama, F. (2022). *Identidad*. (A. G. Maldonado, Trad.) Barcelona: Editorial Planeta S.A.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismo* (3 ed.). (J. Seto, Trad.) Humanes, Madrid, España: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and Self-Identity*. Lodon: Camdbrige Polity Press.
- Giddens, A. (1994). *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado*. Madrid: Grup Santillana de Ediciones, S. A.
- Habermas, J. (1999). *Teoría de la acción comunicativa I*. (M. J. Redondo, Trad.) España: Taurus Humanidades.
- Habermas, J. (2008). *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós S. A. .
- Haider, A. (2020). *Identidades mal entendidas: raza y clase en el retorno del supremacismo blanco*. (S. O. Rodríguez, Trad.) Madrid: Traficantes de Sueños.
- Held, D., & McGrew, A. (2003). The Great Globalization Debate: An Introduction. En D. Held, & A. McGrew, *The Global Transformations Reader: An introduction to the Globalization Debate* (Segunda ed., págs. 1-45). Cambridge: Polity Press.

- Hobsbawm, E. (2022). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. (J. Beltrán, Trad.) Barcelona: Editorial Planeta, S. A.
- Kissinger, H. (2019). *Orden Mundial*. (T. B. Arijón, Trad.) Barcelona: Penguin Random House Group Editorial, S. A. U.
- Lilla, M. (2018). *El regreso liberal: más allá de la política de la identidad*. (D. Gascón, Trad.) Barcelona, España: Penguin Random House Editorial Group.
- López, D. (2022). *Historia del Globalismo*. (H. P.-T. Román, Ed.) España: Editorial Sekotia.
- Lukianoff, G., & Haidt, J. (2018). *The coddling of the american mind: how good intentions and bad ideas are setting up a generation for failure*. New York: Penguin Random House.
- Maalouf, A. (1998). *Identidades asesinas*. (F. Villaverde, Trad.) Barcelona: Alianza Editorial.
- Mishra, P. (2021). *La edad de la ira*. (E. R. Rodríguez, Trad.) Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Mounk, Y. (2023). *The identity trap. A story of ideas and power in our time*. New York: Penguin Random House.
- Sen, A. (2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Madrid: Katz Editores.
- Stiglitz, J. E. (2002). *El malestar en la globalización*. (C. R. Braun, Trad.) Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
- Taylor, C. (1996). *Fuentes del yo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A.

2. Artículos científicos y académicas

- Adán, Á. C. (2021). *Políticas de la identidad. La cuestión racial en Estados Unidos y el caso de Black Lives Matter*. Trabajo Fin de Grado, Comillas Universidad Pontificia, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Madrid. Obtenido de <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/47649/TFG-%20Cuesta%20Adan%2C%20Alvaro.pdf?sequence=1>
- Adell, F. B. (2018). ¿Qué es la globalización? *Universitat Oberta de Catalunya*. Obtenido de https://openaccess.uoc.edu/bitstream/10609/142051/1/Globalizacion%20e%20internet_Modulo1_Que%20es%20la%20globalizacion.pdf
- Almendral, R. M. (septiembre-octubre de 2015). El debate académico sobre nación y nacionalismo desde los orígenes hasta la consolidación del predominio anglosajón. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 191-775. Obtenido de <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/2075>

- Bernardi, R. (1994). Los orígenes de la identidad. *Sepypna*, 17-18. Obtenido de <https://www.sepypna.com/documentos/articulos/bernardi-origenes-identidad.pdf>
- Carbajo, A. (15 de 11 de 2012). Crisis y globalización. (A. Bosch, Ed.) *Revista de Libros. Segunda Época*(183), 1-18. Obtenido de <https://www.revistadelibros.com/crisis-y-globalizacion/>
- Contreras, F. J. (2002). Cinco tesis sobre el nacionalismo. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*(118), 257-290. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/287621.pdf>
- Fernández, M. L. (2020). Identidad del sujeto proyectada en las redes sociales y su relación con la personalidad. *EduPsykhé. Revista de Priscología y Educación*, 17(1), 40-59. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7972970>
- Fuentes, C. (abril de 1991). Nacionalismo e integración. *Este País*, 1, 1-5. Obtenido de https://archivo.estepais.com/inicio/historicos/1/2_opinion_nacionalismo_fuentes.pdf
- Ghalioun, B. (1998). Dinámicas identitarias. Globalización, deculturación y crisis de identidad. *Revista Cidob D'Afers*(43-44), 107-118. Obtenido de <https://www.cidob.org/es/content/download/58563/1521352/version/1/file/43-44ghalioun.pdf>
- Giménez, G. (septiembre/diciembre de 2000). Identidades en globalización. *Espiral*, VII(19), 27-48. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/138/13801902.pdf>
- Huntington, S. P. (2017). La crisis de identidad nacional. *Military Review, Primer trimestre 2017*, 37-51. Obtenido de https://www.armyupress.army.mil/Portals/7/military-review/Archives/Spanish/MilitaryReview_20170331_art007SPA.pdf
- López, J. d. (diciembre de 2004). Una aproximación a la crisis de las identidades y una propuesta de investigación empírica. *Gazeta de Antropología*, 20(34), 1-7. Obtenido de <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=2938>
- Lvovich, A. D. (2002). Naciones, identidades y modernidad. *Seminario - programa 2003*. La Plata: Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Obtenido de <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/programas/pp.5968/pp.5968.pdf>
- Oliva, A. M. (mayo-agosto de 2010). El proceso de construcción de la identidad colectiva. *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de México*.(53), 229-251. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/105/10513135010.pdf>

- Restrepo, M. L. (julio-diciembre de 2011). Perspectivas teóricas para abordar la nación y el nacionalismo. *Pap. Polít. Bogotá*, 16(2), 567-595. Obtenido de <http://www.scielo.org.co/pdf/papel/v16n2/v16n2a10.pdf>
- Revilla, J. C., Pericacho, C. d., & Tovar, F. J. (2015). La articulación de las identidades sociales y colectivas: una perspectiva situada. *Papeles del CEIC*, 2015(2). <https://www.redalyc.org/pdf/765/76541396009.pdf>
- Rodrigo-Alsina, M., & Medina Bravo, P. (2006). Posmodernidad y crisis de identidad. *IC Revista Científica de Información y Comunicación*(3), 125-146. Obtenido de https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/18284/file_1.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Rodrik, D. (2013). Who needs the nation-state? *Economic Geography*, 89(I), 1-19. Obtenido de <https://scholar.harvard.edu/files/dani-rodrik/files/who-needs-the-nation-state.pdf>
- Romero, K. S. (2018). Nación y nacionalismo en Herder. *Universidad Santo Tomás de Bogotá*. Obtenido de <https://repository.usta.edu.co/bitstream/handle/11634/10270/2018kevinbautista.pdf?sequence=4&isAllowed=y>
- Roselló, V. C. (marzo de 2018). Las migraciones desde una perspectiva histórica. *Universitat Jaume I*, 1-8. Obtenido de http://ces.gva.es/sites/default/files/2018-03/art1_34.pdf
- Sabater, V. L. (Julio-Agosto de 2020). *Empresa Global*. Obtenido de <https://www.empresaglobal.es/EGAFI/descargas/1987697/1601148/la-paradoja-de-la-globalizacion.pdf>
- Velasco, A. (junio de 2020). Embanderados con la identidad. Fondo Monetario Internacional. *Finanzas & Desarrollo*, 21-23. Obtenido de <https://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/spa/2020/06/pdf/andres-velasco-LSE-identidad-compartida-constituye-la-esencia-de-la-buena-politica.pdf>
- Villacañas, J. L. (1991). Fichte y los orígenes del nacionalismo alemán moderno. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*(72), 129-172. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/27103.pdf>

3. Informes

- Brown, M. M. (7 de noviembre de 2014). *World Economic Forum*. Obtenido de <https://www.weforum.org/agenda/2014/11/the-future-of-the-nation-state/>

- Mordini, E. (2006). *La globalización y la pérdida de identidad*. ETHOS Gubernamental. Comisión Europea. Dirección General de Investigación. Obtenido de http://www.pahef.org/success_stories/ethos_iv/spanish/GlobalizacinYLaPrdidaDeIdentidad.pdf.
- Scholte, J. A. (2007). *Definiendo la globalización*. Centre for the Study of Globalisation and Regionalisation. University of Warwick. Obtenido de <http://www.clmeconomia.jccm.es/pdfclm/aart.pdf>
- Tyson, L., & Madgavkar, A. (2016). *The great income stagnation*. Project Syndicate, University of California, Berkeley, Haas School of Business. Obtenido de <https://www.economics.utoronto.ca/gindart/2016-09-07%20-%20The%20great%20income%20stagnation.pdf>
- World Bank. (2022). *Progress on Poverty and Shared Prosperity*. World Bank Group. Washington, DC: Correcting Course. Obtenido de <https://openknowledge.worldbank.org/server/api/core/bitstreams/b96b361a-a806-5567-8e8a-b14392e11fa0/content>

4. Actas de Conferencia

- Giddens, A. (2000). Gran debate sobre la globalización. En T. Boas (Ed.), *Ciclo de conferencias: Gran debate sobre la globalización*. Carnegie: Endowment for International Peace. Obtenido de <https://carnegieendowment.org/2000/06/15/lecture-series-great-globalization-debate-event-170>
- Hobsbawm, E. (1993). Identidad. En U. d. Compostela (Ed.), *Los Nacionalismo en Europa: Pasado y Presente*, 3, págs. 5-17. Santiago de Compostela.
- Hobsbawm, E. (1996). La izquierda y la política de la identidad. *Barry Amiel and Norman Melburn Trust Lecture* (págs. 114-125). Londres: Institute of Education de Londres. Obtenido de <https://newleftreview.es/issues/0/articles/eric-hobsbawm-la-izquierda-y-la-politica-de-la-identidad.pdf>
- Taylor, C. (1995). Identidad y Reconocimiento. *Conferencia Centro Cultural Internacional de Cerisy La Salle*. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2704736>

5. Podcasts

Tyson, N. d. (8 de noviembre de 2019). StarTalk Podcast: Cosmic Queries – Planets and Stuff with Neil deGrasse Tyson. *StarTalk*. (P. Mercurio, Entrevistador) YouTube. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=0F9fVq-qSD4>

Zizek, S. (2 de mayo de 2023). What is left after we accept identity politics as a fiction? (Y. N. Harari, Entrevistador) Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=zrkVoPljJiM&t=301s>

6. Sitios Web

Nombela, D. M. (31 de Enero de 2022). La globalización, repensar McLuhan en el siglo XXI. *Comunicación y Hombre*(18). Obtenido de <https://comunicacionyhombre.com/article/la-globalizacion-repensar-mcluhan-en-el-siglo-xxi/>